

LA INFORMACIÓN ECONÓMICA
EN LA
PRENSA INTERNACIONAL

SUMARIO

	pág.
La OCDE anuncia el fin del paro masivo en Europa	127
La inflación en España e Irlanda	127
El BCE ataca de nuevo	128
Alegría en la zona euro ante la evolución de la economía	128
¿Se fortalecerá el euro bajo la presidencia francesa de la UE?	129
Greenspan, ante su próxima "misión imposible"	129
<i>The Anglo-Iberian Axis</i>	130
La cita del euro	131
Alemania e Italia se unen al coro de los optimistas	132
La inmigración, ¿será el próximo estimulante del crecimiento?	132
Lo nuclear: ¿el principio del fin?	133
<i>Spanish practice</i>	134
El problema de los inmigrantes	134
Medio "olé"	135
Ambicioso orden del día para el G7	135
<i>Notre Europe</i>	136
La arriesgada estrategia de la Reserva Federal	137
¿Qué tipo de Europa?	137
La situación monetaria en EE.UU. y en Europa	138
Aterrizaje suave para la economía USA	139
Francia quiere reforzar el poder del "club del euro"	140
El BCE cauto y optimismo	140
La presidencia francesa de la UE	141
El aborto de Feira	142
El oscuro compromiso de Feira	143
Un blanco llamado secreto bancario	144
Cura de adelgazamiento para el área del euro	144
La carga heredada de la unificación	145
"... entonces nos pasamos al DM"	146
Los ojos de tiburón de la OPEP	147
Suiza, un milagro en el campo del empleo	148
El <i>flat tax</i> o el Huevo de Colón	150
Francia, al límite del crecimiento	151

La OCDE anuncia el fin del paro masivo en Europa

(Lucas Delattre, en *Le Monde* del 31 de mayo)

¿Está Europa saliendo del paro? Ésta es la idea que se impone en la lectura de las *Perspectives Économiques* semestrales de la OCDE, de las que una versión preliminar ha sido publicada el martes, día 30 de mayo, en París. La OCDE, que reúne a los 29 países más desarrollados, estima que el paro en Europa podría reducirse en 3 millones de personas entre 2000 y 2001, para llegar a una tasa de paro medio de 8,5 por 100 el año próximo (frente al 9,2 por 100 en 1999 para el conjunto de los Quince y el 10 por 100 para la zona euro). En Francia, el periodo de fuerte creación de empleo no ha terminado. El empleo total podría aumentar en unas 500.000 personas en 2000, y en 450.000 en 2001, según la OCDE. En esa fecha, la tasa de paro debería ser ligeramente inferior al 9 por 100 de la población activa. Las buenas noticias en el frente del desempleo van unidas a un crecimiento que, en toda la zona OCDE, registra una salud excepcional. El crecimiento de la zona OCDE debería pasar del 3 por 100 en 1999 al 4 por 100 en 2000 –“su ritmo más rápido desde 1988”– antes de volver al 3 por 100 en 2001. Crecimiento tanto más sólido cuanto que no parece por ahora estar acompañado del retorno de la inflación.

Como siempre, la OCDE prevé una desaceleración inminente de la economía norteamericana (de +4,5 por 100 a +2,9 por 100 en 2001). Japón sale lentamente, pero con seguridad, de la depresión, con un crecimiento previsto para el año 2000 de +1,3 por 100 (y +2,4 por 100 en 2001). A propósito de Europa, los pronósticos son optimistas: gracias sobre todo a la depreciación del euro, los Quince deberían registrar buenas tasas de crecimiento en 2000: 3,75 por 100 para Francia; 3 por 100 para Alemania; cerca del 3 por 100 para Italia. Estos tres países representan los dos tercios del PIB de la zona euro. En total, los Quince deberían registrar un crecimiento del 3,3 por 100 en 2000, y ligeramente inferior, del 3,2 por 100, en 2001. Las cifras publicadas el martes 30 de mayo, en Wisbaden, confirman la buena salud de la economía alemana. La primera economía de la zona euro registró, en el primer trimestre de 2000, un crecimiento de +0,7 por 100 (con cierto deslizamiento en comparación con el trimestre precedente).

“La cuestión fundamental es saber cuánto tiempo va a poder seguir la recuperación, apoyándose, en adelante, sobre una base sólida, sin crear cuellos de botella inflacionistas”, subraya la OCDE. A propósito de Francia, la organización estima que, con una fase de expansión llamada a entrar en su quinto año en 2001, “debe esperarse una ralentización de la producción del trabajo y, como consecuencia de la aceleración de los salarios, una subida de los costes salariales unitarios”. Las 35 horas podrían ir acompañadas, dice la OCDE, de una elevación de los costes salariales y de la creación de “restricciones a la producción”. Estos elementos, combinados con la debilidad del euro y con la elevación de los precios de la energía, alimentan la posibilidad de una vuelta de la inflación.

Ciertas evoluciones en curso –como las rebajas de

impuestos que se deciden un poco por todas partes– llevan a la OCDE, pese a todo, a mostrarse optimista. En la zona euro, la mejora del empleo va unida “a la moderación de los salarios, a las reformas de los mercados de trabajo y de productos, y a las medidas gubernamentales de creación de empleos”, escriben los expertos de la OCDE, antes de añadir: “Las reformas de los mercados de trabajo y de productos en varios países de la zona euro, y de la Unión Europea en general, quizás hayan contribuido a la reducción de las tasas de paro estructural más de lo que se piensa actualmente. Tanto es así que muchos más recursos podrían ser empleados sin crear tensiones inflacionistas”.

Europa conseguirá, pues, según la OCDE, movilizar más que en el pasado sus recursos humanos subutilizados y reforzar así su productividad de la manera que Estados Unidos ha conseguido hacerlo. Otro elemento prometedor para la productividad europea: la llegada de nuevas tecnologías de la información, incluso si sus efectos parecen todavía “limitados”, por ahora.

La inflación en España e Irlanda

(Tony Barber, en *FT* del 14 de junio)

Irlanda y España dieron cuenta ayer de que sus tasas de inflación, que se encuentran bien por encima de la media de la zona euro, con lo que se subraya las dificultades con que se ha de encontrar el Banco Central Europeo en el establecimiento de una política monetaria apta para todos los países de la zona.

La inflación anual irlandesa se elevó el pasado mes hasta alcanzar el 5,2 por 100, la más alta desde agosto de 1995. La española subió al 3,1 por 100, la más elevada desde diciembre de 1996.

La inflación en los 11 países de la euro-zona fue de 1,9 por 100 en abril. La cifra de mayo, sin publicar cuando esto se escribe, se espera que sea algo mayor. Los datos de Irlanda y España muestran que, menos de 18 meses después de la puesta en marcha del euro, los diferenciales de inflación se amplían entre los países con mejores resultados y los países con resultados peores.

Algunos economistas ven en esto como la evidencia de una debilidad del proyecto de unión monetaria europea. Pero el BCE publicó el año pasado un estudio según el cual la comparación entre varias ciudades norteamericanas revelaba unos diferenciales mayores que los citados.

La inflación es relativamente alta en Irlanda y España principalmente porque estos países tienen una expansión mayor que la media de la zona y porque tienen unos tipos de interés en un nivel más adecuado a los tres grandes: Alemania, Francia e Italia.

Pronosticadores privados dicen que Irlanda y España podrían crecer en un 9 por 100 y en un 4 por 100, respectivamente, este año, frente al 2,7 por 100 de Italia, que se espera sea el país de la zona euro de un menor crecimiento.

El BCE elevó los tipos medio punto la semana pasada, con lo que la principal tasa de crédito quedó en 4,25 por 100. Pero incluso en estas circunstancias –consideradas por algunos economistas como un posible obstáculo al crecimiento y al empleo en ciertas partes de la zona–, puede haber incluso dejado los tipos de interés demasiado bajos para contener la inflación en Irlanda y España: estos dos países representan, juntos, sólo el 10 por 100 de la producción de la zona euro.

El BCE ataca de nuevo

(*Financial Times* del 9 de junio. Editorial)

No subestimes jamás la “inflafobia” del Banco Central Europeo. Ésta es la lección que se deduce de la decisión adoptada ayer de elevar el tipo de interés a corto plazo en medio punto porcentual, hasta dejarlo en el 4,25 por 100. ¿Cómo ha justificado el BCE su decisión? ¿Estuvo acertado? ¿Y cuáles son las más amplias consecuencias previsibles?

Wim Duisenberg justificó la acción con la simple declaración de que “a lo largo de los meses más recientes, los riesgos contra la estabilidad de los precios a medio plazo, sin duda, han continuado aumentando”. Esto, indicó, se constata observando los dos pilares de la estrategia monetaria del BCE.

Primero, la masa monetaria (*broad money*) aumentó un 6,5 por 100 hasta abril, bien por encima del tope del 4,5 por 100 que sirve de referencia al BCE. Segundo, la elevación de los precios de las importaciones y, en definitiva, del consumo, resultado de la depreciación del tipo de cambio. Finalmente, la subida de los precios del crudo.

El lenguaje puede no ser elegante, pero su significado es claro. Al BCE le desagrade el euro débil y trata de hacer lo que puede para invertirlo, o por lo menos anular (compensar) sus efectos sobre la inflación. Entre su puesta en marcha y su mínimo el pasado mes, el euro perdió el 24 por 100 de su valor frente al dólar norteamericano. Ayer por la mañana, sin embargo, se había apreciado un 7 por 100 partiendo de su mínimo. El BCE debe esperar que esta subida le ayudará a seguir elevándose.

Éste, por consiguiente, es un ataque anticipado a la manera del viejo Bundesbank. ¿Tiene algún sentido? Para un banco central con un objetivo de inflación a medio plazo de 0–2 por 100, una tasa de interés del 4,25 por 100 supone una tasa real de alrededor del 3 por 100. Es un poco menos de un punto porcentual más bajo que el rendimiento de los bonos del Estado alemán a 10 años. El 4,25 por 100 debería por lo tanto ser contemplado como algo cercano a un tipo neutral.

Puesto que se prevé que la economía de la zona euro crezca más del 3 por 100 este año y el siguiente, mientras el desempleo está bajando lentamente, tal acción hacia la neutralidad es bastante defendible. Pero la inflación subyacente está más cerca del 1 por 100 que del 2 por 100. Es probable que siga ahí. No se con-

cibe que el BCE vaya a ser más contraído, y existe la probabilidad de que haya sido ya demasiado cauteloso.

En consecuencia, ¿cómo puede ser interpretada esta acción sorprendentemente fuerte? Las consecuencias obvias son tres: el BCE se toma muy en serio su credibilidad contrainflacionaria; intenta actuar de manera preventiva; y, finalmente, no confiará en la posibilidad de que la economía de la eurozona pueda crecer, como lo hace la de Estados Unidos, mucho más deprisa y alcanzar un desempleo más bajo. Tal prudencia puede estar justificada. En cualquier caso, es depresiva.

Alegría en la zona euro ante la evolución de la economía

(Tony Barber, en *Financial Times* del 7 de junio)

Una caída del desempleo y el aumento de la confianza de los consumidores hasta alcanzar un máximo proporcionan nuevas pruebas de que el crecimiento económico es sólido en la zona euro.

Unido esto con las expectativas de que el Banco Central Europeo eleve hoy los tipos de interés, dicha información contribuyó a la subida del euro a su máximo en siete semanas frente al dólar en los mercados de cambios.

Los analistas parecieron prestar más atención a las buenas noticias económicas de la zona euro que en cualquier otro momento desde la creación del euro, hace 18 meses. Incluso la amenaza de una huelga del personal de los servicios públicos alemanes, algo que hasta ahora pesó de algún modo sobre el euro, ha dejado de impresionar a los mercados.

Con el euro en alza en los mercados europeos hasta alcanzar 0,9550 dólares (siete centavos más que el mínimo de días pasados) ha desaparecido la impresión de que podía producirse una intervención a favor de la moneda única. “Cuanto más tiempo estemos alrededor de la mitad de los 90 frente al dólar, más probable es que no se produzca intervención alguna”, ha dicho un experto.

La zona euro ha mostrado señales inequívocas de un desarrollo económico firme durante varios meses, pero los mercados han preferido siempre concentrarse en las todavía mejores perspectivas de Estados Unidos. Los últimos pronósticos de la OCDE hablan de un crecimiento en Estados Unidos del 4,9 por 100 para este año y del 3,5 por 100 para la zona euro.

Pero el sostenimiento de cifras económicas positivas para la zona euro puede tener, por fin, un efecto favorable. Según Eurostat, el departamento estadístico de la UE, el desempleo bajó en abril al 9,2 por 100, frente al 10,1 por 100 en abril de 1999.

Particularmente “noticiales” fueron las menores tasas de paro de Francia y de España, que bajaron en abril al 10,0 y al 14,1 por 100, respectivamente, frente a 10,2 y 14,4 por 100 en marzo.

Aunque esos niveles están muy por encima del de Estados Unidos (3,9 por 100), muestran que un crecimiento robusto y políticas innovadoras en el mercado de trabajo contribuyen realmente a la mejora del problema del paro en la zona euro.

Otro elemento positivo lo proporcionó la Comisión Europea, cuyo análisis mensual de las expectativas de las empresas y de las familias mostró que la confianza de los consumidores alcanzó un récord en mayo, lo que se debió principalmente a las buenas cifras alcanzadas en Alemania.

Según economistas del Natwest, el consumo privado ha sido el talón de Aquiles de la economía alemana desde mediados de la década de los 90, en que aquella estuvo por debajo del resto de la zona euro en un punto porcentual todos los años.

Ahora, con los recortes que se preparan del impuesto sobre la renta, los consumidores alemanes deberían disfrutar del mayor crecimiento de la renta disponible de los últimos diez años, por lo menos. "El BCE no tiene por qué preocuparse por el efecto "retardatorio" de Alemania en la zona euro".

El cuadro de un fuerte crecimiento europeo fue completado ayer cuando el Ministerio de Hacienda de Finlandia anunció que su país alcanzaría un impresionante crecimiento del PIB del 5,2 por 100. Sin embargo, debe añadirse que Finlandia registrará un incremento de los precios de más del 2,9 por 100.

Con una inflación también por encima del objetivo en Irlanda, Italia y España, se espera que el BCE eleve el tipo de interés en 0,25 puntos porcentuales, hasta alcanzar el 4 por 100.

Economistas del Crédit Suisse First Boston prevén otros aumentos de los tipos de interés, con lo que se podría llegar al 4,5 por 100 en otoño, a no ser que el euro aumente significativamente y así tome a su cargo la labor de contraer la política monetaria, con lo que esa tarea no quedaría en manos del BCE.

Al 4,5 por 100, dicen aquéllos, el BCE podría estar en condiciones de adoptar una pausa, dado que el tipo de refinanciación estaría en línea con el crecimiento nominal del PIB en la zona euro y dado que se espera que la Reserva Federal de Estados Unidos sea menos activa ante la proximidad de las elecciones presidenciales en ese país.

¿Se fortalecerá el euro bajo la presidencia francesa de la UE?

(Pierre-Antoine Delhommais, en *Le Monde* del 31 de mayo)

El presidente de la República, Jacques Chirac, y el primer ministro, Lionel Jospin, están de acuerdo y determinados: Francia debe aprovechar su presidencia de la Unión Europea, durante el segundo semestre del año en curso, para reforzar la coordinación económica y monetaria en el interior de la zona euro. París desea

sacar lecciones de la reciente caída de la moneda única: numerosos analistas estiman que las dificultades del euro son en gran parte consecuencia de la falta de coherencia de las políticas económicas de los 11 Estados miembros y de los mensajes contradictorios enviados por los dirigentes europeos sobre la situación monetaria. Los dos, Chirac y Jospin, inquietos por el muy bajo valor alcanzado por el euro, quieren cerrar lo antes posible esas brechas.

El lunes 29 de mayo, con ocasión del bicentenario del Banco de Francia, Chirac hizo una llamada a los europeos "a seguir adelante, para que el euro sea el éxito que esperamos". "Gracias a la moneda única, Europa no es una Babel monetaria", dijo Chirac, celebrándolo, ante unos 120 gobernadores de los bancos centrales, entre los cuales estaba Alan Greenspan. Los países de la zona euro deben "darse los medios para coordinar mejor sus políticas presupuestarias, para reforzar los procedimientos y los instrumentos de decisión económica", insistió Chirac. Una mejor coordinación "es una necesidad para que la Europa económica no tenga sólo una forma, a través del mercado único, sino también un contenido", afirmó aquél. Chirac juzgó también que la Unión debe aprovechar una coyuntura económica "excepcionalmente favorable" para "profundizar en las reformas estructurales que nuestras países necesitan".

El martes por la mañana, Jospin, que presidía un coloquio organizado por el Banco de Francia sobre el tema de la independencia y de la responsabilidad de los bancos centrales, reafirmó su intención de reforzar el papel de Euro 11, reunión mensual e informal de los ministros de Hacienda de los Once, reunión a la cual el presidente del BCE es invitado. "El próximo presidente de Euro 11, Laurent Fabius, se esforzará por profundizar el diálogo que tenga lugar en este recinto", afirmó L. Jospin. "Tenemos todas las de ganar, el BCE lo sabe bien, si conseguimos consolidar la credibilidad del euro con unas prácticas y unas expresiones políticas más homogéneas", añadió Jospin. La reciente evolución del euro "aconseja a la vez una reflexión y también una acción conjunta del BCE y de Euro 11".

La voluntad de París de reforzar Euro 11 es acogida con reservas en Francfort, en la sede del BCE. Interrogado recientemente sobre la iniciativa francesa, el presidente del banco central, Wim Duisenberg, estimó que el euro no tiene necesidad de un gobierno político. "La cooperación entre los ministros de Finanzas y de Economía responsables de la zona en el marco de Euro 11 y su diálogo continuo con el BCE constituyen un conjunto muy aceptable, incluso agradable, que no debe orientarse, a mi juicio, en la dirección de desarrollos institucionales y políticos que serían diferentes de los progresos en curso", explicó Duisenberg.

Greenspan, ante su próxima "misión imposible"

(Gerard Baker, en *Financial Times* del 29 de mayo)

Dos veranos atrás, Alan Greenspan y sus colegas de la Reserva Federal salieron airoso de su *Misión Imposible*. Cuando el mundo se hundía en la más seria

crisis financiera desde la Segunda Guerra Mundial, la R.F. actuó con rapidez reduciendo los tipos de interés y protegió a Estados Unidos de la peor parte de la tormenta.

Con ello, no sólo mantuvieron sin mayores daños la expansión norteamericana sino que contribuyeron a que el resto de mundo no sufriera daños más graves.

Pero ahora la R.F. se halla ante lo que puede resultar una tarea más dura que aquella otra: *Misión Imposible II*.

El objetivo es desacelerar el ahora frenético ritmo del crecimiento norteamericano, pero sólo lo suficiente para mantenerlo en marcha, sin llegar a paralizarlo y sin provocar una recesión.

En el último año han subido seis veces los tipos a corto plazo, con un total de 1,75 puntos porcentuales, pero la economía ha mantenido su poder expansivo. En la segunda mitad del año pasado y el primer trimestre del actual la producción creció a una tasa anual de más del 6 por 100.

Pero, ¿podrían observarse ahora las primeras señales de que la tan esperada crisis está a la vista? En el último mes, cierto número de indicadores han señalado que el crecimiento del gasto que ha alimentado la expansión ha empezado a ceder. Una crisis del gasto en consumo –que supone los dos tercios de toda actividad económica objeto de medición– es la clave para contraer la economía. Ésta ha estado funcionando a una tasa anual de casi el 8 por 100 durante la mayor parte del año pasado. La semana pasada el Departamento de Comercio informó que el gasto real del consumidor ajustado según la inflación se elevó a una tasa anual de justo el 4 por 100 en abril.

Una indicación de las causas de esta contención puede ser el mercado de la vivienda. Las subidas del tipo por la R.F. han contribuido a la subida de las hipotecas en más de un punto porcentual el año pasado, y la contracción puede estar empezando a hacer daño. La venta de viviendas cayó substancialmente en abril, y aunque fueron altas en marzo, la tendencia para los pasados tres meses muestra una clara caída en la actividad del mercado de la construcción si se compara con el máximo alcanzado el pasado otoño.

Mientras, el mercado de trabajo sigue sólido, con una tasa de paro que es la más baja de los últimos 30 años (3,9 por 100).

Según nuevos análisis de Goldman Sachs, el banco de inversión norteamericano, la economía debería ahora estar dando muestras de hallarse respondiendo a las condiciones financieras menos expansivas.

Los economistas de los bancos han elaborado su propio índice de condiciones financieras, que tiene en cuenta no sólo nivel de los tipos de interés sino otros factores tales como la fuerza del mercado de acciones.

Tal índice se ha mostrado mejor para explicar porqué el crecimiento de la demanda fue tan fuerte en la

segunda mitad del pasado año incluso después de que se aumentaron los tipos. Pero ahora –con tipos más altos y un mercado de acciones a la baja– sugiere que las condiciones se hallan en su estado más contractivo desde 1998.

Una desaceleración parece estarse fraguando. El problema para la R.F. es que está lejos de ser claro si será suficiente para conseguir que demanda y oferta consigan equilibrarse de nuevo.

Un problema especial para el banco es que, justo cuando las condiciones internas parecen estar cediendo, la demanda global se acelera lo que aumentará el crecimiento de Estados Unidos y mantendrá la presión de los mercados de trabajo en los próximos seis meses.

The Anglo-Iberian Axis

(Con este título, *The Wall Street Journal Europe* publicó el 4 de junio el editorial que se transcribe a continuación)

Uno de los más importantes cambios de sentido históricos para la Europa moderna fue la derrota de la armada española por Inglaterra en 1588. A partir de entonces, Gran Bretaña y España siguieron caminos muy distintos, cautelosos la una con la otra, una como protestante y la otra católica. Ambas siguieron comprometidas con Europa, pero lo que a lo largo del tiempo monopolizaron las energías de británicos y españoles fueron sus respectivos imperios. Los dos países marítimos vieron la necesidad de permanecer abiertas al mundo exterior.

Es esta perspectiva compartida la que sorprendentemente está ahora uniendo Gran Bretaña y España dentro de la Unión Europea. El primer ministro Tony Blair y su colega español, José M^a Aznar, situaron esta unidad en una vía más firme rechazando claramente acciones de Alemania y Francia destinadas a formar una Europa federal con la adopción de tendencias homogeneizadoras. Tratándose de Estados constituidos por “países” que disponen grados diversos de autonomía, el Reino Unido y España entienden que las entidades políticas frecuentemente funcionan mejor cuando están libres de un excesivo control central.

Las posiciones de España y el Reino Unido aparecen en un artículo escrito por Aznar y Blair que apareció simultáneamente en el periódico británico *Financial Times* y en el de Madrid *El Mundo*. Naturalmente, no fue dirigido a nadie directamente, pero sus objetivos eran inequívocos. El ministro alemán de Asuntos Exteriores, Joschka Fischer ha puesto el mundo de la Unión Europea de arriba a abajo proponiendo el 12 de mayo que Europa forme una federación, con un presidente elegido y una Constitución. Alguno de los miembros de la UE, a juicio de Fischer, deberían ir más deprisa que otros, como es el caso de Francia y Alemania.

La propuesta alemana ha sido recibida con una calurosa respuesta en Francia, donde ha sido uno de los temas preferidos de los políticos. La pasada semana, el presidente Chirac dijo que había “apreciado mucho”

los argumentos de Fischer, "que llegaban en el momento oportuno". El primer ministro Lionel Jospin, por su parte, manifestó que "esa reflexión sobre el futuro de Europa es necesaria". No más lejos que ayer, los dirigentes de uno de los partidos del centro-derecha y de uno de los situados más a la izquierda, François Bairo, de la UDF, y Daniel Cohn-Bendit, de los Verdes, pidieron conjuntamente una Europa federal.

Una Europa federal es un objetivo lejano para estos hombres. Pero en otras áreas donde está en juego la inmediata erosión de la soberanía nacional o local, las posiciones oficiales alemana y francesa han sido cortadas del mismo paño. Los dos gobiernos de izquierda se hallan a favor de la "armonización" de las políticas fiscal y social, así como de la disminución, o la extinción completa del derecho de veto nacional. Los Grandes Poobahs de los mundos académicos, los medios de información y, naturalmente, los sindicatos, están también de acuerdo. Está claro porque es así. Las élites que desean dirigir experimentos socialistas y paternalistas, encuentran duro que los vecinos de al lado ofrecen políticas fiscales y sociales más atractivas.

Nada de esto es el caso para España y Gran Bretaña. En términos de carácter nacional, los británicos siguen siendo firmemente independientes (en realidad, incluso eurofóbicos), con una prensa viva que no tolera fácilmente la usurpación de libertades. Mientras el partido Laborista de Blair es más eurofílico, los Tories de la oposición estiman que ya se ha cedido bastante de Westminster. En España, el escepticismo frente a una federación de dirección franco-alemana se deriva del temor a las pretensiones de una gran potencia (el último país que ha invadido España) así como el orgullo herido que origina la certeza de que el núcleo central de la agrupación excluiría Madrid.

Y lo que es más importante, tal vez: Blair y Aznar comparten una visión más libre del mundo que París o Berlín. Los dos dirigentes llevaron a sus países por sendas librecambistas después de haber alcanzado su liderazgo a mediados de los 90. El Partido Popular de Aznar fue primero de centro-derecha, pero más en la tradición estatista. El partido Laborista estuvo controlado por su *looney way* hasta que Blair cogió sus riendas.

Así, apenas puede sorprender que los dos hombres escribieran ayer que sólo puede ser en interés de la UE y su gente el que el grupo llegue a ser más "pluralista". Profundizar la UE en estas áreas en las que sus miembros puedan llegar a ser más eficaces actuando junto "es estupendo". "Pero también queremos una Europa abierta al mundo" (el subrayado es del autor).

Acertada fue la llamada "para evitar el tipo de armonización fiscal y la severa regulación que podría llevar la inversión y el empleo fuera de Europa". Ahora bien, "algunos de nosotros pueden desear ir un poco más lejos y más deprisa, pero todos han de respetar las reglas y los procedimientos de la Unión. No puede haber ciudadanos de segunda clase en Europa". Finalmente, había una frase que no muchos políticos alemanes y franceses expresarían libremente: "El papel del gobierno ha cambiado... los gobiernos no deben tratar

de interferir en decisiones comerciales o imponer regulaciones sociales y económicas duras".

Había otros aspectos del escrito igualmente interesantes. Éste incluía indicaciones de las que podía deducirse que Blair pudiera estar dispuesto a apoyar la entrada de Gran Bretaña en el euro. Pero el principal mensaje era claro. La Gran Bretaña de Blair y la España de Aznar comparten el escepticismo sobre la actuación franco-alemana. Finalmente los dos se han encontrado. Se ha dicho desde hace tiempo que el eje franco-alemán ha controlado la Unión. Ahora se ha dejado oír el eje anglo-español.

La cita del euro

(*Le Monde* del 8 de junio. Editorial)

Las recientes dificultades del euro en el mercado de cambios han tenido por lo menos una ventaja: recordar que la moneda europea, en tanto no exista bajo la forma de monedas y de billetes, sigue siendo una divisa muy frágil. Su puesta en marcha, con éxito, a principios de 1999, en los mercados de capitales, había casi hecho olvidar que el proceso de unión monetaria no ha terminado aún, y que el euro sigue siendo una moneda virtual y, por consiguiente, precaria y vulnerable. El mismo Lionel Jospin ha reconocido en diferentes ocasiones que "una parte de las dificultades" encontradas por el euro tienen por origen el hecho de que no se trata aún de una moneda "concreta". El presidente de la Comisión, Romano Prodi, ha señalado, por su parte, que la debilidad "un poco psicológica" del euro es debida a la larga fase transitoria.

Alegando razones prácticas —el tiempo que se necesita para fabricar las monedas, pero también la falta de preparación de las administraciones— las autoridades políticas y monetarias de la Unión parecen haber renunciado definitivamente a adelantar la fecha de la puesta en circulación del euro, fijada para el 1 de enero de 2002. Debe lamentarse este plazo excesivamente largo, que perjudica la dimensión simbólicamente unificadora de la moneda europea. Por lo menos esas autoridades deben asegurarse ahora que la transición tendrá lugar en las mejores condiciones. Jacques Chirac habló, con ocasión de la celebración del bicentenario del Banco de Francia, de "una cita (*rendez-vous*) decisiva. La introducción de las monedas y de los billetes nominados en euros constituirá para nuestros ciudadanos la verdadera acta de nacimiento de la moneda única". Chirac, pues, exhortó "al sistema bancario público y privado a ofrecer a los franceses una transición monetaria de calidad y gratuita".

Teniendo en cuenta los proyectos actuales de los banqueros, se puede temer que las cosas transcurran de otra manera: pagos de comisiones, a partir de cierta fecha, para la conversión de los francos en la nueva moneda; penalizaciones para los errores en la redacción de los cheques; etc. Para que todo sea más complicado, tal choque debería acompañarse, en Francia, de la revolución cultural constituida por la introducción del cheque pagadero (*chèque payant*), compensado, es verdad, por la remuneración de los depósitos.

Desde luego, no deben subestimarse las dificultades informáticas y financieras de los bancos: son empresas como las otras y no tienen vocación de soportar gastos para la colectividad. Pero es esencial que los poderes públicos aseguren a los ciudadanos, desde ahora, que el abandono de su propia divisa no les costará nada y que "no perderán nada con el cambio". Un sondeo reciente ha mostrado que la imagen del euro se ha degradado claramente en las opiniones públicas de Eurolandia. No convendría que las incertidumbres sobre el esquema de introducción de la moneda única se añadan a este desafío: mientras el euro no haya sustituido del todo a las divisas nacionales de las carteras de los ciudadanos europeos, la batalla de la unión monetaria no se habrá ganado.

Alemania e Italia se unen al coro de los optimistas

(*The Wall Street Journal Europe* del 21 de junio)

Los dos rezagados de la zona euro –Alemania e Italia– muestran crecientes señales de vida, con lo que confirman el optimismo del Banco Central Europeo para la región.

Las compañías del oeste de Alemania occidental pensaron en mayo que el estado de la economía era el mejor que se había observado en los últimos nueve años. Italia, por su parte, creció en el primer trimestre de la manera más rápida que había observado en los últimos tres años. Juntos, Alemania e Italia suponen la mitad de la producción del área euro.

El principal barómetro de Alemania, la encuesta sobre el sentimiento de los empresarios que elabora Ifo, creció hasta alcanzar los 102 puntos, más de lo esperado (101,4), y más que en abril (101,2). Ese es el mayor nivel desde marzo de 1991, cuando la economía mejoró después de la reunificación alemana.

El PIB de Italia subió en el primer trimestre un 1 por 100 frente al trimestre anterior y 3 por 100 frente al precedente periodo de un año, bien por encima de las previsiones consensuadas de 0,6 por 100 trimestral y 2,4 por 100 anual, respectivamente. Ese fue también un ritmo más alto que Alemania y Francia (0,7 por 100 trimestral).

Istat, el instituto nacional de estadística italiano, también revisó al alza el cuarto trimestre de 1999 (0,6 por 100) y el año (2,3 por 100), pero dejó la cifra final de crecimiento para 1999 en 1,4 por 100, lo que confirmaba que Italia había sido el país de la zona euro con peor resultado, junto con Alemania. Ambos mostraron un gran contraste con las economías expansivas de Irlanda y España.

Informando ante un comité del Parlamento Europeo en Bruselas, el presidente del BCE, Wim Duisenberg, dijo que el aumento del empleo en la zona euro, las mayores tasas de utilización de la capacidad y el fuerte crecimiento en el extranjero apoyan la predicción que la expansión en toda la zona euro "excederá del 3 por 100 este año y el próximo", después de haber conseguido el 2,4 por 100 en 1999.

La encuesta de Ifo, los datos para Italia y los comentarios de Duisenberg indican que los tipos de interés no han alcanzado todavía un máximo en su subida, aunque es probable que se produzca una pausa en su subida, y que la cifra actual de 4,25 por 100 seguirá inalterada por lo menos hasta septiembre.

Los economistas han dicho que el índice del Ifo para Alemania confirma que la mayor economía de Eurolandia permanece en la fase de recuperación, después de sufrir un retroceso durante la etapa de las crisis de 1998 y principios de 1999. La economía podría crecer un 3 por 100 en 2000, el doble que en 1999, según la previsión de los economistas.

Para Italia, los economistas están particularmente satisfechos por la recuperación del consumo interno del país, después de temer que Italia estuviera demasiado pendiente de la exportación. El consumo, particularmente el privado, se había visto dificultado por las flojas cifras del comercio de distribución y el descenso de los ingresos reales.

Los nuevos datos muestran que la exportación sigue creciendo a buen ritmo (+11,3 por 100), pero que también el consumo interno mejora (+1,9 por 100). El consumo constituye el aspecto más positivo, en vista de la pasividad anterior del mismo. Además, esa mejora significa que la recuperación se produce partiendo de una base más amplia.

El gobierno italiano se había fijado como objetivo un crecimiento del 2,7 por 100 del PIB para este año. Las predicciones de la OCDE sitúan esta cifra en el 2,9 por 100.

Todo ello puede contribuir a que mejoren apreciablemente las cifras para toda la zona euro, que puede alcanzar un crecimiento próximo al 3,5 por 100 este año.

La inmigración, ¿será el próximo estimulante del crecimiento?

(Laurence Caramel, en *Le Monde Economie* del 20 de junio)

Llamada al pillaje de los recursos humanos de los países en vías de desarrollo cruzado de nuevo colonialismo para unos, incitación a una verdadera invasión para los otros, ejercicio sin fundamento o verdadera pista de reflexión sobre un tema tabú –los inmigrantes en Europa–, el informe hecho público a principios de año por la división de población de la ONU sobre "Las migraciones de sustitución" (*remplacement*) no acababa de suscitar intensas polémicas, tanto en el nivel político –el representante portugués por la Unión Europea en la ONU ha desaprobado tal informe– como entre expertos demográficos. Sin embargo, en pocos días, en París, se ha visto como el tema daba lugar a tres coloquios y a una réplica del muy oficial Institut National des Études Démographiques (INED), titulada "Cuando las Naciones Unidas quieren llenar el tonel de las Danaides...".

¿Cuál es realmente el objeto del delito? El autor de

ese informe de la ONU, Joseph Grinblat, ha calculado el número de inmigrantes que deberían traerse al Viejo Continente de aquí a 2050 para resolver de manera indolora –es decir, sin bajar el nivel de las pensiones ni aumentar el número de años de cotización– el espinoso expediente de las jubilaciones y del envejecimiento de la población: 700 millones. Tal es el resultado de la ecuación que ha hecho saltar a toda Europa. Hoy, Grinblat no cesa de repetir que su artículo “Inmigración: ¿una solución al problema del envejecimiento en Europa?” comportaba un gran signo de interrogación. Es demasiado tarde. El golpe ya ha sido lanzado, y si hace tanto daño es porque los europeos prefieren no ver su futuro de frente, a saber, una despoblación programada del continente, y que la inmigración sigue siendo un problema que no se sabe gestionar.

En Francia, la crónica de la inmigración se lee sobre todo en la integración fracasada de la segunda generación y en las desventuras de los comités de los sin-documentación y sus reivindicaciones de regularización. En Italia son los *boat people* de Albania o de otras partes los que están de actualidad. En España, país de inmigración más reciente, una “caza a los moros” ha lanzado hace poco una luz cruda sobre la inserción de los marroquíes en Andalucía. En Austria, es la extrema derecha la que ha ganado el poder resucitando ideas xenófobas. En la mayor parte de los países europeos, a pesar de la recuperación económica, el paro sigue en un elevado nivel. La crisis de los pasados años ha rechazado millones de personas –nacionales y extranjeros– hacia la precariedad y la exclusión. Para muchos, lo urgente es reintegrarlos, antes de pensar en abrir de par en par las fronteras.

Pero la aceleración de la recuperación económica ha cambiado el planteamiento. Gobiernos, economistas y medios de negocios se muestran más preocupados por la escasez de mano de obra y las posibilidades de pleno empleo. En Alemania, en el nivel más alto del Estado, en canciller Gerhard Schroeder se ha implicado en las negociaciones que han conducido a desejar la venta de 20.000 informáticos. En Italia, las autoridades han decidido conceder 63.000 visados este año, y la ministro de Empleo, Martine Aubrey, ha encargado, muy discretamente, a un economista de la Universidad de Lille un estudio sobre las consecuencias que tendría en el mercado de trabajo una mayor inmigración.

¿Cómo no considerar las opiniones públicas, desconfiadas hacia el extranjero, y a la vez responder a las necesidades de las empresas? A esta pregunta, que los dirigentes apenas podrán esquivar, el investigador Patrick Weil, autor del informe sobre la inmigración enviado en 1997 al primer ministro Lionel Jospin, responde hoy que “el gobierno debe plantearse abiertamente la cuestión de las migraciones de trabajo”. Hace falta, según él, “evitar toda politización en este debate. El marco legislativo, a condición de ablandarlo, permite responder a las demandas de las empresas. El ejemplo se ha dado ya con los informáticos”. Este pragmatismo pondría fin a una situación en la cual, para entrar a trabajar en Francia, es más eficaz pasar por la vía tortuosa del reagrupamiento familiar que pedir un visado de trabajo.

Lo nuclear: ¿el principio del fin?

(*Le Monde* del 16 de junio. Editorial)

Después de Suecia, Alemania abandona lo nuclear. Esta noticia, ¿tendrá un efecto de seguimiento? En todas partes en Europa, con la excepción de Francia, los países se dirigen hacia una salida progresiva de ese modelo de energía políticamente discutida. No se construían ya nuevas centrales en Alemania desde el término de los años 90, ni siquiera bajo el gobierno pronuclear de Helmut Kohl. El mercado europeo de electricidad se halla en un estado de exceso de capacidad. Y, en esta materia, Alemania no se distingue mucho de sus vecinos, aunque esa decisión espectacular pone de nuevo en marcha el debate en Europa y aísla a Francia.

El compromiso sobre la salida de lo nuclear firmado en Alemania lo muestra: el método de consenso todavía funciona más allá del Rin. Los industriales han reconocido la primacía de lo político en esta cuestión muy sensible, ya que en esta materia la población es hostil a la energía nuclear. Al mismo tiempo, el gobierno ha sabido actuar con habilidad, respetando los intereses de las compañías. La presencia de numerosos actores en el debate –ecologistas, gobierno, empresas– ha obligado a Alemania a llevar a cabo un debate transparente.

La señal que se ha dado puede aparecer ante todo simbólica, como lo atestigua el descontento de las organizaciones tales como Greenpeace. Lo esencial para los industriales era poder continuar explotando sus centrales ya construidas, que producen electricidad a un precio marginal muy pequeño. Esto es lo que han conseguido. La salida de lo nuclear se hará en un plazo muy largo. Tanto, que el último reactor no será parado antes de 2021.

Es cierto que el método alemán incluye algunas contradicciones: esta solución puramente nacional se presta a la sonrisa, tanto más cuanto que llega en el momento en que la francesa EDF se introduce en Alemania y cuenta con exportar su energía nuclear al otro lado del Rin. El combate antinuclear se detiene frecuentemente en las fronteras de Alemania: el gobierno alemán acaba de conceder su garantía de exportación a material nuclear destinado a China, oficialmente para mejorar la seguridad de sus centrales.

Los militantes ecologistas, que dificultan desde hace cuatro años la vuelta a Alemania de los combustibles utilizados y almacenados en la fábrica Cogema de La Haya, no se manifiestan jamás cuando es en dirección a Francia o a Gran Bretaña a donde se dirigen los convoys. Los Verdes alemanes prueban su coherencia queriendo prohibir a partir de 2005 el reciclaje de los residuos nucleares en el extranjero.

¿Cuál será mañana la energía en Europa? Sobre este particular Alemania no ha respondido aún a las cuestiones pendientes. El país que lanza a la atmósfera dos tercios más de dióxido de carbono por habitante que Francia en un territorio más pequeño, elige el efecto invernadero contra los riesgos de lo nuclear. Alemania está mucho más expuesta a las variaciones

del precio del petróleo y del gas y, sobre todo, es más dependiente de lo nuclear francés. El país apuesta a largo plazo por las energías renovables, pero los progresos realizados en lo solar y lo eólico no son aún suficientes para asegurar un relevo.

Spanish practice

(*Financial Times* del 23 de junio. Editorial)

José M^a Aznar cumple su palabra. En el artículo que escribió a principios de este mes para *Financial Times* junto con Tony Blair, su colega británico, pidió a la Unión Europea que prestara atención a la bola de la reforma económica. Hoy, el primer ministro español se propone obtener la aprobación por su gabinete para aplicar otra dosis de liberalización a la economía de su país. Pero todavía tiene que ir más lejos, particularmente para conseguir una mayor flexibilidad para su mercado de trabajo.

En la más importante acción desde su reelección en marzo, Aznar espera acelerar la apertura de la industria del gas a la competencia. Es libre de hacerlo porque no depende ya del soporte de los nacionalistas en Cataluña, lugar donde reside el mayor suministrador de gas del país. El primer ministro conservador también se propone conseguir incentivos fiscales para canalizar ahorro en fondos de inversión y en planes de pensiones.

Pero Aznar tiene muchas otras cosas que hacer en su segunda legislatura. La competencia no es la que debería haber en los sectores eléctrico y petrolífero, y hay mucho que hacer también en materia de privatizaciones en sectores tan diversos como la televisión, ferrocarriles y minería. Aznar ha conseguido reducir el coste y la dificultad de despedir trabajadores, cosa que tanto frenaba los posibles deseos de los empresarios de contratar gente con contratos indefinidos. Pero España es todavía un país caracterizado por su amplio desempleo. Si Aznar quiere situar su tasa de paro por debajo del actual 15 por 100 debe proseguir la reforma del mercado laboral.

Sorprendentemente, puede resultarle útil constatar lo que ocurre en Francia, donde los empresarios y algunos sindicatos moderados realizan grandes progresos hacia una política de estilo británico por lo que se refiere al pago del paro, que se condicionaría al hecho de que los beneficiarios mostraran los esfuerzos realizados para conseguir un empleo.

España tiene un auténtico interés en la reforma económica. Luis Ángel Rojo, el gobernador del Banco de España, dijo esta semana que, incluso con el reciente incremento del tipo de interés por el BCE, las condiciones monetarias en España eran todavía "laxas", y demasiado alta la inflación, que supera el 3 por 100.

Aunque este problema puede ser menos agudo que en otros países con economías sobrecalentadas, como Irlanda, el gobernador subrayó que España necesita más flexibilidad en sus mercados de trabajo y de productos si quiere un crecimiento "elevado y estable".

Es también fácil ver porqué Blair desea que Aznar tenga éxito en esa tarea. Cuanto más pueda señalar las reformas económicas que se realizan en otros países de la UE, más puede criticar las quejas de los euroescépticos sobre exceso de regulaciones. Cuantas más reformas tengan lugar en la UE, más dispuestos estarán a aceptar el euro y, por consiguiente, a mejorar la imagen del euro entre el público británico.

El problema de los inmigrantes

(Philip Stephens, en *Financial Times* del 23 de junio)

La necesidad de trabajadores en el continente significa que sus esfuerzos para rechazar a los inmigrantes no sólo son de imposible cumplimiento sino que son irracionales.

Esta semana, 54 hombres y 4 mujeres sufrieron una muerte tan horrible como imaginarse pueda cuando intentaban penetrar ilegalmente en suelo británico. La respuesta a la tragedia nos dice algo verdaderamente descorazonador sobre la situación en Europa.

Las víctimas eran chinos, de la provincia de Fujian. Pero podían haber sido albaneses, o eslovacos, afganos o kurdos. Porque lo que define a esas almas benditas en las mentes de los políticos europeos es que no se deseaba que entraran. Eran inmigrantes ilegales.

La política seguida en esta materia es dura para los que pretenden entrar en los territorios de la UE, y, por el momento, según lo constatado en la cumbre de Ferria, lo que se pretende es incrementar la cooperación para que la entrada en los países occidentales resulte todavía más difícil.

Esta política parece poco lógica, e incluso irracional. Irracional porque la UE necesita inmigrantes. Sus habitantes envejecen; su población indígena se reduce. No quieren los empleos sucios, ni los salarios bajos. Las nuevas llegadas son vitales para la prosperidad del futuro.

Pero es obvio que los esfuerzos de los países de la UE para impedir la entrada de los inmigrantes están condenadas al fracaso. Lo que conseguirán, en cambio, será que se incremente en precio exigido por los traficantes. El precio actual parece estar situado alrededor de 10.000 dólares por persona. Gran Bretaña ofrece un buen ejemplo de la paradoja. Su condición de isla parece que debería aumentar las dificultades de los que pretenden entrar, y nadie ha hecho más que Blair para dificultar su entrada. Y si consiguen entrar, son tratados como delincuentes. Los desesperados se ven forzados a poner sus vidas en manos de los *gangs* criminales, condenados, eso sí, por los reunidos en Ferria.

La respuesta de los políticos es que no hay alternativa, con lo que queda claro que el papel de los políticos es seguir a la opinión pública, y no formarla.

No se trata de defender la apertura de par en par de las puertas de la UE. Incluso en el momento de más

auge en la llegada de eventuales inmigrantes, que coincidió con las luchas en Yugoslavia, el flujo de nuevas llegadas fue de 1 por cada 1.300 ciudadanos de la UE.

Lo que se necesita en Europa es una buena política de gestión de inmigración controlada. Una política que tenga en cuenta las necesidades de los eventuales inmigrantes y las propias necesidades de cada país. Estados Unidos, Canadá y Australia disponen de reglas orientadas en dicho sentido, y la verdad es que los inmigrantes están contribuyendo al enriquecimiento de los países receptores de los mismos.

Medio "olé"

(*The Wall Street Journal Europe* del 26 de junio. Editorial)

Enumeren las decisiones adoptadas recientemente por el gobierno español para liberalizar la economía en una hoja de papel, y verán cómo las medidas positivas superan a las negativas. En conjunto, las medidas tomadas harán que la economía española sea más vibrante. Pero algunas de ellas son demasiado cautelosas para que se note la diferencia, o, lo que es peor, para que se observe la posibilidad de que aumente la intervención del gobierno en la economía.

El primer ministro español, José M^a Aznar, merece el mayor aplauso por aceptar el recorte del impuesto sobre las ganancias de capital. También hizo lo que procedía al reducir las tarifas de la electricidad y permitiendo a los españoles elegir a los suministradores de gas y de electricidad. Lo mismo ha de decirse de la liberalización de las horas de apertura de los almacenes. Es ridículo que los compradores, en muchas partes de Europa, sólo estén autorizados a ir a las tiendas durante unas horas en las que la mayoría de los adultos están en el trabajo. Finalmente, hacía tiempo que era necesario que las empresas pudieran ofrecer descuentos en medicamentos.

Desgraciadamente, alguna de esas decisiones sufren del "incrementalismo" (*incrementalism*) bien conocido de Aznar. Las grandes tiendas de distribución estarán autorizadas a permanecer abiertas 90 horas a la semana, frente a las 72 anteriores. Éste es un paso en la buena dirección, por supuesto, pero su timidez puede observarse en el hecho de que las horas de la semana son 168.

Igualmente, la reducción de las tarifas de la electricidad en un 9 por 100 es bienvenida. Pero, ¿por qué, como algunos habían pedido, no se permite que sea la competencia la que fije los precios de la electricidad? Esa táctica de la lentitud es tanto más lamentable cuanto que Aznar ganó las elecciones obteniendo una mayoría confortable en marzo, una realidad que nadie había esperado, y que le dio libertad para mostrarse atrevido.

Naturalmente, la lentitud no es un pecado tan grave como el que cometen esos miembros del gobierno de Aznar comprometidos en nombre de la competencia. Así, los distribuidores de combustible (*fuel*)

con una cuota de mercado mayor del 30 por 100 tendrán prohibido abrir nuevas estaciones de servicio durante cinco años. Para reducir más los precios del combustible, las estaciones de servicio deberán, a partir de ahora, proporcionar al público información de los precios que pagan, para demostrar que los precios de venta no son exagerados. Sería mejor para Madrid dejar que fueran los competidores los que dirimieran sus diferencias en el mercado en vez de intentar dificultar a una de las partes.

Dicho esto, el aspecto más positivo de las medidas anunciadas el viernes tenían que ver más con la política económica que con medidas concretas. Muestran una vez más que la respuesta adecuada a la creación del euro es acentuar la liberalización económica.

Llegó el euro y las dos economías más aceleradas de Europa, España e Irlanda, también tienen las mayores tasas de inflación. ¿Su respuesta? Liberalizar más sus economías.

Durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo XX, los economistas creyeron que el crecimiento económico rápido conducía inexorablemente a la inflación. Lo que debía hacerse para que una economía acelerada no resultara sobrecalentada era elevar los tipos de interés, o elevar los impuestos, es decir, practicar unas políticas monetaria y fiscal contractivas.

Lo que Irlanda y España (sin que sea una coincidencia, dos de los tres Estados miembros de la UE no gobernados por socialistas) han hecho es ver la inflación en su definición clásica de "demasiado dinero persiguiendo bienes escasos". La creación de dinero está fuera del alcance de Dublín o de Madrid, puesto que depende de un Banco Central Europeo con sede en Francfort, el cual está más preocupado por las economías más lentas de Francia, Alemania e Italia. Si el BCE crea más dinero del que necesitan Irlanda y España, lo que Madrid y Dublín necesitan hacer es crear un medio ambiental en el que se produzcan más bienes.

La manera de que dispone la "economía de la oferta" para conseguirlo es rebajar los impuestos, reducir las reglamentaciones y otros obstáculos y permitir que las compañías individuales suministren bienes tan eficazmente como puedan. Es esto lo que tienen que hacer la mayoría de las nuevas medidas tomadas por España, lo que constituye una razón suficiente para celebrar su implantación, a pesar de algunos errores obvios.

Ambicioso orden del día para el G7

(*The Wall Street Journal Europe* del 27 de junio)

Un grupo de consulta del sector privado está elaborando un orden del día que piensa someter a la consideración del Grupo de los Siete Grandes con ocasión de la reunión que éste va a celebrar el próximo mes en Okinawa.

Entre las recomendaciones que va a someter a los líderes figura una nueva ronda de negociaciones co-

merciales que incluiría áreas del mundo laboral, previsiones sobre el medio ambiente y la política *antidumping*; la creación de un fondo monetario para Asia destinado a ayudar a esta región en casos de crisis financiera; y la definición de respuestas coordinadas de los 7G a las situaciones de crisis graves. El grupo de consulta desea también que los 7G se interesen por los problemas importantes de política exterior que afectan a China, Rusia y por los de defensa contra cohetes nucleares.

Las recientes cumbres "han tendido a presentar una larga lista de propuestas relativamente modestas sobre temas de escasa categoría", decía un informe elaborado por dos *think tanks*: el Institute for International Economics, con sede en Washington, y la Tokio Foundation.

Los *think tanks* reunieron en abril a 17 luminarias especializados en políticas económica y exterior para elaborar el informe, que no ha sido dado a conocer. El grupo de personalidades estaba formado por 17 integrantes, entre los que figuraban Henry Kissinger, exsecretario de Estado de Norteamérica; Paul Volker, exdirector de la Reserva Federal; Renato Ruggiero, exdirector de la World Trade Organisation; Leon Brittan, excomisario de Comercio de la Unión Europea y el exviceministro de Finanzas de Japón, Toyoo Gyohten. La reunión estuvo dirigida por Fred Bergsten, director del Institute for International Economics, y Heizo Takenaka, presidente de la Tokio Foundation.

Este grupo estaba preocupado por la poca agresividad que muestran los líderes del G7 en su función de expandir la economía global y para hallar protección contra las crisis financieras. Pero sus recomendaciones son lo bastante controvertidas como para encontrar objeciones de parte de alguno de los países representados en las reuniones del G7. La organización multinacional opera por consenso, siendo ésta la razón por la cual las reuniones anuales de los líderes raramente dan lugar a grandes progresos.

El G7 lo forman Estados Unidos, Japón, Francia, Gran Bretaña, Italia, Canadá y Alemania, a los que se incorpora Rusia en las discusiones políticas.

Una nueva ronda de negociaciones comerciales es necesaria –dice el grupo privado– después de que la conferencia de Seattle de finales de 1999 terminara con un gran fracaso. El citado grupo recomendó un amplio orden del día, que incluye problemas tan sensibles como la reducción de las subvenciones a la agricultura, el nuevo examen de las prohibiciones de productos vendidos a terceros países a precios inferiores a los de mercado, y la incorporación de *standards* sobre el medio ambiente y laborales a los acuerdos comerciales.

Pero la amplitud del orden del día hace políticamente difícil alcanzar algo positivo. Europa quiere excluir los temas agrícolas. Estados Unidos quiere evitar las normas sobre *dumping*; Japón y la mayoría de los países en vías de desarrollo se oponen a la creación de *standards* laborales porque temen que éstos serían utilizados para obstaculizar las importaciones procedentes de los países pobres.

Por lo que a las crisis financieras se refiere, el grupo privado desea la creación de "mecanismos regionales" que pudieran servir para evitar o resolver tales crisis. El informe no menciona por su nombre un posible fondo monetario asiático, pero es evidente que éste es el tipo de mecanismo que el grupo desearía...

Notre Europe

(*Le Monde* del 28 de junio. Editorial)

Hay momentos en Europa en los que se debe cambiar de registro, abandonar la gestión compleja de los asuntos corrientes y el voluntarismo del día a día gracias al cual el edificio se construye poco a poco, y atreverse a mirar más allá del mañana inmediato. Sin audacias de esta naturaleza, Europa se marchita. Así es como estábamos, Jacques Chirac lo notó, y es un verdadero discurso de relanzamiento europeo el que ha ido a ofrecer en el marco que mejor se prestaba a ello: el recinto del viejo Reichstag, en Berlín.

Que el impulso europeo surja un día de ese lado del campo francés, ¿quién lo hubiera dicho hace diez o doce años? Que se manifieste bajo la forma de ese dúo más bien armonioso entre el Verde Joschka Fischer y el presidente de la República, ¿quién habría podido imaginarlo? Como Lionel Jospin, Jacques Chirac pertenece más bien a la escuela pragmática, la que desconfía de las palabras altisonantes como "federalismo" y de los dogmatismos que expresan, aquella para la que Europa no es un ideal en sí misma, sino la suma de los intereses comunes de las naciones que la componen. Pero mientras el gobierno, obsesionado por la preocupación –todo en su honor– de no hacer fracasar la presidencia francesa, se limitaba a contemplar los próximos seis meses y eludía las cuestiones sobre el futuro de Europa "que dividen", el presidente de la República proclamaba: "Más allá de los temas inmediatos, la responsabilidad que nos incumbe a nosotros, miembros fundadores, es plantearnos permanentemente la cuestión del sentido y del porvenir de Europa".

Jacques Chirac responde a una atenta presión de los alemanes. Prudente, inseguro de la que iba a ser la reacción francesa, el gobierno alemán se había explicado a través de Joschka Fischer, quien afirmaba no presentar más que sus convicciones personales. La respuesta que se le hace hoy va sin duda más allá de lo que esperaba: es la posición oficial de Francia (aprobada, pues, por el gobierno) la que Jacques Chirac expuso solemnemente el martes ante el Bundestag. De pronto se vuelve a formar ese "motor" franco alemán de Europa que durante algún tiempo se había dicho que no estaba en uso. No es una "entente" abusiva, ni tampoco una alianza consensuada, sino la demostración de que la dinámica renovada pasa por ahí.

El ejercicio, como lo ha dicho el mismo Chirac, era arriesgado. ¿De qué se trata en el fondo? De atreverse a abordar dos temas que producen miedo, puesto que parecen comportar contradicciones irreconciliables: la posible dilución de Europa por las ampliaciones sucesivas o la posible dilución de los Estados-nación por

una integración excesiva. El presidente de la República señala el camino por el cual, a su juicio, puede resolverse esta dialéctica. Es el de la construcción de una Europa por los gobiernos que la componen, y no por Bruselas. Es una vía que tiene en cuenta también el debate democrático, para que cada uno pueda apropiarse de Europa. De ahí el título dado por el jefe de Estado a su discurso: *Nuestra Europa*. Es, en realidad, un método para salir del bloqueo conceptual, de las exclusiones, de los anatemas.

La arriesgada estrategia de la Reserva Federal

(*Financial Times* del 29 de junio. Editorial)

La Reserva Federal de EE.UU. ha tomado un riesgo innecesario manteniendo el tipo de cambio sin variar en el 6,5 por 100. Ha incrementado la probabilidad de que la economía norteamericana se recalentara si las recientes señales de una economía que se desacelera resultan ser temporales o insuficientes.

Al optar por evaluar si las seis subidas habidas hasta ahora tienen el efecto deseado de ralentizar la economía, el Open Market Committee está siguiendo la misma estrategia que le ha proporcionado tanto éxito en la pasada década: adopten una posición relajada sobre los tipos de interés hasta que aparezcan claras las señales de la inflación.

Pero, en el pasado año la demanda interna ha superado incluso las más optimistas estimaciones de crecimiento sostenido a largo plazo. La política monetaria debería dirigir, más que seguir, los eventos económicos. Y la misma Reserva Federal ha reconocido que la reciente desaceleración del crecimiento fue preliminar.

La cuestión importante que la R.F. debería haber preguntado es cual era el riesgo relativo de una modesta subida de los tipos de interés comparado con el de mantenerlos como estaban y dejando un posible incremento para agosto o septiembre.

El principal riesgo que se apercibió en unos mayores tipos de interés fue una reacción negativa del mercado. Si la bolsa caía tras la acción de la Reserva Federal, los consumidores podrían parar de gastar, y los activos norteamericanos podrían convertirse en menos atractivos para los inversores extranjeros. Esto podría disparar la contracción que la R.F. ha estado intentando evitar.

Pero esa situación es extraordinariamente improbable. Más de un cuarto de analistas esperaba un aumento ayer, por lo que había poca necesidad de preocuparse por una reacción en cadena de un modesto movimiento de los tipos.

Los tipos de interés reales no son más elevados hoy que al principio de 1999. La subida de la inflación ha sido pareja a la subida de los tipos de interés. Y cualquier peligro de que el gasto de los consumidores se desacelere demasiado deprisa sería pronto aparente, por lo que la R.F. tendría tiempo de sobras para cambiar el signo del incremento.

Los riesgos de no elevar los tipos suficientemente son mucho mayores. Cualquier rebrote de la demanda interna más tarde en el año elevará las presiones sobre la inflación subyacente. El crecimiento económico fue modesto en los segundos cuartos de 1998 y 1999, sólo para rebrotar en la segunda mitad del año. Una respuesta favorable del mercado a su inacción puede incrementar todavía más el gasto de los consumidores, y las opciones que tiene la R.F. serán ahora mucho más difíciles.

La R.F. debería haberse equivocado del lado de la preocupación y debería haber elevado los tipos de interés. Sus comentarios sugieren que acepta la lógica del argumento. Pero la R.F., no obstante, optó por el retraso y ahora corre el riesgo de verse obligada a una acción más fuerte.

¿Qué tipo de Europa?

(*The Economist* del 1 de julio)

Estuvo brillante, justo la clase de discurso que el encantador, dotado y oportunista presidente de Francia, Jacques Chirac, suele pronunciar en un marco tan grandemente simbólico como el del renovado Reichstag, en Berlín. Pero también fue profundo y oportuno. En su visión de la Europa futura, con Francia y Alemania dirigiendo un núcleo central, como pioneros hacia una integración todavía más estrecha, Chirac puede haber abierto, más que cerrado, más interrogantes que respuestas. Pero ha aportado su contribución al debate real, poniendo a otros líderes, incluyendo los alemanes y los británicos, en su sitio.

Lo que exactamente quiso decir es más difícil de puntualizar. Chirac aplaudió la ampliación de la UE hacia el Este. Repitió la determinación francesa, en la víspera del acceso de este país a la presidencia semestral de la Unión, de proceder a los cambios de procedimiento necesarios para que la ampliación siga adelante. Chirac dio las acostumbradas seguridades de que, si bien los países de la UE deben compartir soberanía en un marco más amplio de actividades, la nación-Estado no será amenazada; no habrá superestados europeos.

Chirac habló también de "flexibilidad", que es la fórmula que utiliza la UE para permitir que los países que deseen ir adelante e integrarse más rápidamente o más estrechamente que otros puedan hacerlo. Ahí es donde la controversia es mayor. Francia y Alemania, dijo Chirac, deberían dirigir el núcleo central, aunque éste estaría abierto a otros, que no citó. Un secretariado especial, aparentemente separado de la Comisión Europea de Bruselas, la cual no se mencionó por su nombre, podría servir como un club dentro de un club.

Para la gente de países euro-nerviosos tales como Gran Bretaña, Dinamarca, Finlandia y Portugal, cuyos estados pueden no ser los más adecuados —en la mentalidad francesa— para pertenecer al propuesto núcleo central, y para los Centroeuropeos que están ya preocupados porqué no van a ser tratados como miembros

de primera clase, una vez dentro, esto resulta chocante, pero debe ser puesto en su contexto.

Ante todo, Alemania ya no marca el paso con Francia, en Europa. El equilibrio de poderes se ha desplazado, en contra de Francia. El canciller alemán, Gerhard Schroder, lleva su carga histórica más ligeramente de lo que lo hizo Helmut Kohl, su predecesor. En realidad, es Francia la que siente la necesidad de reparar el averiado motor que antes propulsaba a Europa hacia adelante. Además, Alemania, en la forma diseñada por su ministro de exteriores, últimamente ha actuado por su cuenta, con una proposición para algún tipo de federación europea. El no federalista Chirac se vio obligado a hacer un gesto grato a Europa como contraoferta.

Por otra parte, se aproxima la batalla para la presidencia de Francia. Con un ojo puesto más que nunca en las encuestas de opinión, Chirac aprovechó la ocasión para dejar a Lionel Jospin, el actual primer ministro de Francia y su rival socialista para el máximo puesto, en un segundo plano, con una evocación espectacular de Francia liderando Europa como antes. También fue bueno el momento para dejar al primer ministro británico, Tony Blair, que había hablado de un programa anglosajón para Europa, decididamente detrás, alejándolo de todo posible protagonismo.

Pero detrás de esos cálculos aparecen temas importantes. Una Europa "multisistema", en la que diferentes países cooperan en campos diferentes, será la más práctica solución para una UE ampliada, en la que algunos disfrutan de una mayor integración y otros no. Pero, ¿cómo se formaría la estructura básica, aquella a la que deben estar todos adheridos? Tal vez por falta de una respuesta, Chirac no propuso una Europa "multisistema", sino una Europa de dos velocidades, en la que el llamado núcleo central (*core*) sería lo verdaderamente importante, y tendría la verdadera influencia.

Hasta cierto punto, la Europa multisistema existe ya, en el euro y en las normas de Schengen sobre el paso de fronteras. Hasta ahora, sin embargo, bajo el tratado de Amsterdam de 1997, cada miembro puede vetar cualquier decisión adoptada por un grupo autoelegido que pretenda llevar a cabo determinados proyectos. Tal vez, como dice Chirac, tal veto podría ser evitado por los países que decidieran actuar fuera del marco formal de la Unión. Pero Francia debería andar con cuidado, tanto de crear un club interno que preste escasa atención a los que queden alejados del centro, como de crear tensiones poniendo en circulación la idea de que todos los que se encuentren en el club exterior seguirán, con el tiempo, a los del núcleo central. Esto sería, desde luego, poco "flexible".

La situación monetaria en EE.UU. y en Europa

(Pierre-Antoine Delhommais, en *Le Monde* del 2-3 de julio)

El Comité de política monetaria de la Reserva Federal de Estados Unidos (R.F.), reunido el martes 27 y el miércoles 28 de junio, decidió dejar sin cambios sus tipos directores como consecuencia de ciertas señales

de desaceleración de la economía norteamericana. En su comunicado, la R.F. subrayó que "las estadísticas recientes sugieren que la demanda tiende a moderarse para encaminarse hacia un ritmo más próximo al de la tasa potencial de crecimiento de la economía". La R.F. observa, no obstante, que la desaceleración de la demanda debe todavía ser confirmada y sigue siendo preliminar. Los observadores esperan, en cualquier caso, una nueva vuelta de la tuerca monetaria, al otro lado del Atlántico, en el mes de agosto.

En Europa, la publicación de diversos índices de precios que demuestran las crecientes tensiones inflacionistas lleva a preguntarse sobre la duración del *statu quo* sobre los tipos que pretende observar el Banco Central Europeo.

Sin sorpresa, la Reserva Federal de Estados Unidos, cuyo comité de política monetaria se había reunido el martes 27 y el miércoles 28 de junio, decidió dejar inalterados sus tipos directores. Los 29 especialistas en valores del Tesoro norteamericano, interrogados por la agencia Reuter la víspera de la reunión del banco central de Estados Unidos, fueron unánimes al estimar un *statu quo*. En un comunicado destinado a justificar su decisión, la R.F. explicó que "las estadísticas recientes sugieren que la demanda tiende a moderarse para encaminarse hacia un ritmo más próximo al del tipo potencial de crecimiento de la economía". En el curso de las últimas semanas, una serie de estadísticas ha reflejado la ralentización de la economía: disminución de las ventas al por menor; subida de la tasa de paro; repliegue de la producción industrial. El martes, el Conference Board, el instituto de coyuntura privado de Nueva York, reveló una neta disminución del Índice de Confianza de los consumidores norteamericanos (-6 puntos). La R.F. ha tomado nota de ese menor vigor.

La R.F., en cualquier caso, dice en su comunicado que "las señales de que el crecimiento de la demanda se encamina hacia un ritmo más sostenible quedan por confirmar y son todavía preliminares, y la tasa de utilización de la mano de obra disponible continúa a un nivel inhabitualmente elevado. En este contexto, el comité piensa que los riesgos siguen pesando principalmente sobre las condiciones que pueden reforzar las tensiones inflacionistas en un futuro próximo".

Estos comentarios permiten suponer que la R.F., después de haber pasado su turno en junio, actuará en el mes de agosto. Su presidente, Alan Greenspan, aprovecharía su intervención, en el mes de julio, ante el Congreso, para preparar a la opinión pública y a la clase política para ese gesto. Queda por saber hasta qué punto la campaña electoral interferirá en el curso de los próximos meses la estrategia del banco central norteamericano, cuya independencia aparece menos afirmada que el Europa. Como dice nuestro corresponsal en Washington, Patrice de Beer, numerosos parlamentarios demócratas inquietos ya se han tomado la molestia de escribir a Greenspan para ponerle en guardia contra una nueva elevación de los tipos de interés que conduciría, según ellos, a "un aumento del paro y causaría perjuicios a nuestros conciudadanos más necesitados". Tales parlamentarios temen que un endurecimiento monetario -con sus eventuales consecuen-

cias bursátiles— venga *in extremis* a estropear los resultados económicos de la presidencia Clinton–Gore. La próxima reunión del Comité de la R.F. está prevista para el 22 de agosto, justo después de la convención demócrata de Los Angeles, que debería entronizar a Al Gore como su candidato a la Casa Blanca.

Incluso si lo es en proporciones menores que en Estados Unidos, la situación monetaria en Europa parece también incierta. Después de la decisión, a principios de junio, del Banco Central Europeo de elevar en medio punto sus tipos directores, los operadores estaban persuadidos de que los once países de la zona euro habían entrado en un largo período de *statu quo* monetario. Varias declaraciones de dirigentes del BCE habían servido para reforzar esa convicción. Pero la publicación de varios índices de precios reflejando nuevas tensiones inflacionistas en el Viejo Continente sembró la duda.

Los precios al consumo en Alemania subieron un 1,9 por 100 en un año (hasta junio) frente a 1,4 por 100 en mayo. También en Alemania, los precios de las importaciones aumentaron un 2 por 100 en mayo, lo que supone una subida anual del 11,7 por 100. En Italia, el índice de los precios al consumo alcanzó, en junio, el 2,7 por 100 anual, lo que supone su nivel más elevado desde el mes de enero de 1997. En Francia, el INSEE ha hecho saber, el viernes, que los precios de venta industriales habían subido en un 1,3 por 100 en mayo, después de una baja de 0,4 por 100 en abril. En un año registraron una subida del 11,4 por 100. En fin, el coste de la mano de obra ha aumentado en un 3,5 por 100, en un año, el primer trimestre en la zona euro, frente a 2,4 por 100 en el cuarto trimestre de 1999.

Interrogado sobre esta serie mala de índices, Otmar Issing, el economista jefe del BCE, ha recordado que “es prematuro anunciar que la vía está libre en materia de inflación, y las últimas cotizaciones del petróleo no contribuyen a que la situación se calme...”. Issing, sin embargo, añadió que él no veía que existiera correlación entre el aumento de la inflación y la progresión del tipo de refinanciación del BCE. El martes, con ocasión de su primera operación efectuada a tipo variable, el tipo marginal salió a 4,29 por 100 y el tipo medio a 4,32 por 100, o sea, respectivamente, 0,04 y 0,07 puntos por encima del nivel anterior.

Oficialmente, acudir al tipo variable está exclusivamente destinado a permitir una distribución más equitativa de las liquideces entre los bancos. Queda que, a pesar de la ausencia de “correlación” citada por Issing, a los analistas y a los inversores les cuesta creer que no hay más que un aspecto puramente técnico en ese cambio de método de refinanciación: es difícil no ver una contracción monetaria a través de una subida de los tipos, aunque sea muy débil. El pasado favorece también esa lectura desviada. El Bundesbank había hecho del instrumento del tipo variable una verdadera herramienta de su política, en absoluto anodina, que le permitía orientar suave y finamente sus tipos directores en el sentido deseado y que revestía un fuerte significado. Issing, en tanto que antiguo miembro del directorio del banco central alemán, está bien situado para saberlo.

Aterrizaje suave para la economía USA

(The Wall Street Journal Europe del 3 de julio)

Los economistas confían que la Reserva Federal de Estados Unidos encontrarán la manera de lograr un aterrizaje suave para la economía de Norteamericana este año, en que el crecimiento prosigue pero a un menor ritmo, aunque más sostenible. Sin embargo, los economistas están profundamente divididos. La cuestión es si el aterrizaje suave conseguirá mantener la inflación a buen resguardo.

La estimación consensuada de los economistas que participaron en la encuesta semianual de *The Wall Street Journal* dan un crecimiento de 3,6 por 100 anual para el segundo trimestre, 3,4 por 100 en el tercero y 3,2 para el cuarto. Estos pronósticos indican que los analistas creen que la economía ha empezado a desacelerarse después del elevado ritmo de los anteriores trimestres, y que continuará ralentizándose en lo que queda de año. En el primer trimestre el crecimiento fue del 5,5 por 100, y el 7,3 por 100 en el cuarto trimestre de 1999.

Pero si bien los economistas están de acuerdo en la tendencia a baja del PIB, las respuestas varían considerablemente por lo que se refiere a la inflación y a los tipos de interés. Algunos ven tipos de interés a corto y a largo bajando hasta el 5 por 100, en tanto que otros ven los tipos de interés subiendo hasta más del 7 por 100. Las estimaciones para la inflación van desde un descenso hasta el 2 por 100 a una subida del 4,1 por 100.

Los economistas optimistas creen que la R. F., que estuvo subiendo los tipos el año pasado en un esfuerzo para situar la economía alrededor del 3,5 por 100 del 4 por 100 de crecimiento anual, conseguirá un aterrizaje perfecto, ralentizando el crecimiento justo lo suficiente para eliminar las presiones inflacionistas al tiempo que se mantiene estable el empleo. “Alan Greenspan es un maestro de los aterrizajes suaves”, ha dicho uno de los economistas. Greenspan, en efecto, consiguió desacelerar a través de subidas de los tipos de interés sin conducir a una recesión en 1994–1995, e incluso en 1987–1988.

Los pesimistas creen también que la R. F. conseguirá un aterrizaje suave —por lo menos en el corto plazo— pero están preocupados por la posibilidad de que la actuación de la R. F. no ha sido lo suficientemente agresiva como para contener las presiones inflacionistas. Y ven señales de una aceleración de la inflación en el rígido mercado de trabajo, en la subida de los precios de las materias primas y en el enorme y creciente déficit de la balanza corriente. Para este sector de la profesión era conveniente otra subida de los tipos de interés.

De lo que no hay duda es de que la inflación ha estado subiendo. Para los 12 meses que terminaron en mayo, la inflación, medida por cambios en los precios al consumo, subió un 3,1 por 100. Fue superior, pues al 2,5 por 100 que habían esperado los economistas. Y algunos de estos creen que la inflación seguirá subiendo, y no lo contrario. “El crecimiento se desacele-

ará, pero no lo bastante para contener la inflación”, ha dicho un economista de este sector [...]

Otros resultados de la encuesta de *WSJE* son estos:

— Una clara mayoría de los economistas que contestaron (45, de 55) cree que hay una posibilidad apreciable de que la economía entrará en una recesión dentro de los próximos 12 meses.

— Una mayoría de los encuestados (29) cree que hay entre un 10 por 100 y un 30 por 100 de posibilidades de que el precio de las acciones permanezca cerca de los niveles actuales.

— A la pregunta qué región del mundo crecerá más en los próximos 12 meses, una mayoría de los encuestados (36) eligió Asia (sin Japón), 7 Europa, 4 Iberoamérica y 3 Estados Unidos.

Francia quiere reforzar el poder del “club del euro”

(Philippe Lemaitre y Laurent Iecchini, en *Le Monde* del 4 de julio)

El discurso de Berlín de Jacques Chirac representa potencialmente un acelerador formidable para la construcción europea. Pero no faltan los riesgos para la cohesión de la Unión. Proponiendo que, a partir del año próximo, un “grupo pionero” de países se comprometa a una mejor coordinación de las políticas económicas, el presidente de la República sugiere que el Euro 11 debe reforzar su coherencia, su autoridad, y tomar, en la práctica, una mayor distancia respecto a los países que por razones políticas o económicas no pueden unirse a ese “club” de países unidos en una zona monetaria de 290 millones de habitantes.

Toda vez que Eurolandia debe continuar afirmándose en relación con la zona dólar, esa evolución es tanto más natural. Dentro de 18 meses, el euro dejará de ser una moneda virtual para convertirse en realidad en los bolsillos de los europeos. Hace falta que, de aquí a allá, la moneda única reencuentre una credibilidad y un tono que reflejen mejor el dinamismo de las economías europeas. El fortalecimiento de Euro 11 es, pues, una necesidad. Pero el objetivo no es simple. Numerosos Estados europeos, empezando por Gran Bretaña y Dinamarca, temen que pueda resucitar el espectro del “gobierno económico” de Europa, nacido en las filas de los socialistas franceses.

Reforzar la credibilidad de Euro 11 significa no solamente mejorar la credibilidad, sino también consolidar el mercado interior, el cual está lejos de completarse. La difícil negociación de los 15 para limitar el *dumping* fiscal, que ha terminado en FERIA, Portugal, con un compromiso difícil, muestra que el ejercicio no es cosa fácil.

La presidencia francesa debe poner forma a la directiva que concretará este acuerdo. Se tratará, sobre todo, de llegar a una decisión sobre el importe de las

retenciones en origen deducidos de las rentas de los no residentes en los países que continúen preservando el secreto bancario. Francia tiene una responsabilidad en la medida en que se le señala con el dedo por la lentitud relativa con que abre su mercado. Francia, sin embargo, acaba de dar señales positivas a sus consocios impacientes, acelerando la liberalización, sobre todo, de su mercado de electricidad.

El presidente de la República, y todavía más Lionel Jospin, dan una importancia muy particular a la ampliación del proceso puesto en marcha en Amsterdam gracias a su iniciativa, en junio de 1997, y las principales etapas del cual se sucedieron en los Consejos europeos de Luxemburgo, Cardiff y Lisboa.

En principio el objetivo prioritario era la lucha contra el paro mediante una acción colectiva sobre el mercado de trabajo. Los 15 adoptaron unas “líneas directrices” en las cuales se inspiraron para presentar programas nacionales para el empleo. Con el tiempo, esa estrategia se ha ampliado a las reformas económicas, con un acento más particular en las potencialidades en materia de empleo generadas por la “sociedad de la información”.

La preocupación de los franceses es acentuar el carácter social de este proceso, en especial haciendo que se fijen objetivos precisos en relación con la lucha contra la exclusión. Lionel Jospin y Martine Aubrey, la ministra del Empleo y de la Solidaridad, han manifestado de manera persistente su confianza en ese proceso y también, pues, en la capacidad de los Quince para avanzar colectivamente en ese terreno. Al llegar al actual estado, es obligado constatar que la demostración no es convincente.

De forma parecida, los esfuerzos a realizar sobre el famoso tema de “la Europa de cada día” han sido notoriamente insuficientes. Los dramas de la actualidad reciente (crisis de las “vacas locas” y de la dioxina, naufragio del Erika y daños causados por las tempestades) han ilustrado la necesidad de obrar rápidamente. Con ocasión de una presidencia que el debate sobre el futuro de Europa y la perspectiva de la ampliación van a hacer inevitablemente muy política, los franceses deberán tener la preocupación de no olvidar esta dimensión humana de la construcción comunitaria.

El BCE cauto y optimismo

(*Financial Times* del 6 de julio. Editorial)

Wim Duisenberg, presidente del Banco Central Europeo, tenía buenas noticias de las que dar cuenta ayer en su declaración ante el Parlamento Europeo. Las perspectivas económicas para la zona euro —dijo aquél— son mejores de lo que ha sido el caso durante 25 años.

Las estadísticas respaldan el optimismo de Duisenberg. La actividad económica y la confianza de los consumidores en la zona euro son excelentes; algunos indicadores han alcanzado las mejores cifras de todos los tiempos. El desempleo desciende apreciable-

mente, el crecimiento de las ventas al por menor es sólido. El aumento de la producción excederá fácilmente el 3 por 100 tanto este año como el próximo.

En sí misma, la reacción alcista no es como para saltar de alegría. La zona euro disfruta de una recuperación cíclica, ayudada por un fuerte desarrollo global después de muchos años de resultados endebles.

Lo que es más interesante es que hasta ahora el fuerte crecimiento no ha presionado sobre los precios. La inflación, de 1,9 por 100, está llamando a las puertas del límite propuesto por el BCE, pero esto es en buena parte debido al elevado precio del crudo y a la depreciación del euro, más que a presiones internas. La inflación básica (*core*) permanece contenida en un 1,1 por 100.

Y aún lo más sorprendente de todo, la subida de empleo a lo largo y ancho de la zona euro ha tenido lugar sin disparar un crecimiento considerable de los salarios. Se han creado más de 5 millones de nuevos empleos en la zona euro desde 1997. Un número similar al de finales de los años 80. Pero mientras el crecimiento de los salarios excedió el 5 por 100 entre 1986 y 1990, el aumento de los mismos en la zona euro, aunque al alza, permanece en un moderado 3,5 por 100.

La Junta de gobierno del BCE valorará esos hechos cuando se reúna hoy. Aunque es poco probable que altere ya los tipos, después de haberlos subido medio punto a principios del pasado mes, los satisfactorios comentarios de Duisenberg han despertado expectativas de una nueva subida hacia finales de año. El calendario de cualquier modificación vendrá dado por los juicios que se emitan sobre dos cuestiones cruciales.

En el futuro inmediato, la principal preocupación del BCE es evitar que los más altos precios de las importaciones alimenten el nivel general de los precios. La reciente apreciación del euro proporcionará ciertas garantías a este respecto.

A largo plazo, el BCE se enfrentará con la más difícil tarea de juzgar si el elevado crecimiento debe proseguir, esperando que la inflación no se disparará. Duisenberg expresó ayer cierto escepticismo a propósito de las probabilidades de que la nueva economía atraviese el Atlántico. En ausencia de posteriores reformas del mercado de trabajo, puede muy bien ser que Duisenberg tenga razón. Pero sí puede confiar el BCE en un período de crecimiento sostenido y no inflacionista, con base en una política monetaria prudente.

La presidencia francesa de la UE

(Reginald Dale, en *Herald Tribune* del 7 de julio)

Francia es una vez más el foco de la atención de Europa, y no sólo por haber ganado el campeonato de fútbol con un gran estilo.

La etapa que se avecina será un período de pruebas para Francia, la cual deberá demostrar que todavía

conserva, o que ha recuperado, el papel director que tuvo en Europa.

Durante los próximos seis meses, Francia presidirá la Unión Europea, en una fase en que deberán realizarse en ésta los ajustes institucionales que han de preceder a la admisión de nuevos miembros.

Esto sólo ya constituirá una tarea susceptible de mostrar la capacidad política y el temple del país, en especial en el contexto de la preparación de las elecciones que habrán de decidir quien es el presidente de Francia, puesto que puede seguir en manos de Chirac o que puede pasar a manos de su probable rival para el cargo, que no es otro que el actual jefe del gobierno, Lionel Jospin.

El reto más importante, sin embargo, es cómo mantendrá París el equilibrio que supone la persistencia de un importante grado de soberanía en el marco de una Europa cada vez más integrada.

Un elemento esencial de la estrategia ha sido el mantenimiento de las buenas relaciones entre Francia y Alemania, "motor" de la integración europea que proporciona a la primera, como a la segunda, una posición esencial de líder sin la cual ningún avance puede concebirse.

Varios factores amenazan ahora ese equilibrio. La reunificación alemana ha incrementado el poder de Alemania, a la que difícilmente puede atribuírsele ya culpabilidad alguna que tenga trascendencia política actual.

Todavía más amenazante para Francia es la perspectiva de la ampliación de la UE con el acceso de 12 nuevos miembros, la mayoría de ellos del Centro y del Este europeos.

Es fácil ver cómo puede diluirse la influencia de Francia en una Europa enorme, amorfa, de habla no francesa, que no se parecerá en nada a la Comunidad fundada para cimentar la reconciliación de Francia y Alemania en los años 50.

La respuesta de Chirac ha sido definir una Europa en la que un "grupo pionero" de países, encabezados por Francia y Alemania, progresaría en la integración sin esperar el asentimiento de los rezagados.

Tal propuesta la hizo Chirac en el Bundestag germano, en el que deliberadamente describió una solución todavía más visionaria que la que presentó en mayo Joschka Fischer, ministro de Exteriores alemán.

Los dos discursos tuvieron elementos comunes importantes. Los dos contemplaban un núcleo de Estados que iría más deprisa que los otros y que serviría para reforzar y vigorizar las relaciones franco-alemanas. Los dos subrayaron que la nación-Estado no desaparecería en el super-Estado europeo.

La intención de los dos discursos es particularmente problemática para Gran Bretaña, puesto que implica que si bien Francia y Alemania son indispensables para la integración europea, Gran Bretaña no lo

es. Francia propone ya un poder de decisión más fuerte para los 11 países de la zona euro, de la cual no forma parte Gran Bretaña.

Pero la lógica de Francia es tan impecable como su fútbol. Apenas puede dudarse que la integración de 28 países apenas podría ser llevada a cabo, y sólo podría alcanzar hasta donde pudiera y quisiera el miembro más lento y rezagado.

Francia, por otra parte, encontraría mucho más fácil de mantener su influencia, unida a Alemania, en un grupo más pequeño de países unidos estrechamente, más al estilo de los seis miembros originales.

La cuestión clave es cómo sería organizado el grupo pionero. Chirac parece preferir una mayor extensión de la cooperación intergubernamental, del tipo ya aceptado para la política exterior y la de defensa.

Difiriendo substancialmente de Fischer, Chirac parece querer continuar minimizando la Comisión y el Parlamento europeos.

Es correcto que algunos países quieran llevar la barca adelante, pero los consocios de Francia tendrán también derecho a insistir, como algunos ya lo están haciendo, en que los "pioneros" no deben destruir los pesos y balanzas de los que el sistema ya se ha dotado.

El aborto de Feira

(Edit. de Peter Hort en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, del 29 de junio)

Los jefes de estado y de gobierno de la Unión Europea han sido víctimas de su diplomacia practicada en las cumbres. Bajo el imperativo de ponerse de una vez de acuerdo después de años de golpes en falso, han presentado en Feira un compromiso formal para la sujeción a gravamen de los intereses que constituye un monstruo de la irracionalidad e incluso muestra rasgos absurdos. Aunque el acuerdo —lo que es previsible— no sea duradero, podría recogerse en los libros de texto como un modelo de lo que es gobernar mal.

¿Cómo es el turbio compromiso de Feira? En primer lugar, la Comisión debe presentar un proyecto de directiva sobre el que los gobiernos de la UE tendrán que ponerse de acuerdo por unanimidad a la luz de los valores de referencia de Feira. Esto constituirá la condición necesaria para que la administración de la UE pueda iniciar a continuación negociaciones con Suiza, Liechtenstein y otros "paraísos fiscales" para su inclusión en el proyectado intercambio de información sobre los rendimientos del capital. Junto a esto se debe garantizar que también los territorios dependientes y asociados, como son las Islas del Canal, la Isla de Man, así como los territorios del Caribe, adopten las mismas disposiciones. Antes de finales de 2002 los gobiernos de la UE deberán examinar entonces si el resultado de las negociaciones responde a su idea.

Con las dos decisiones a adoptar por unanimidad

sobre todo Luxemburgo y Austria conservan en sus manos un resorte para influir sobre el modo de proceder posterior. Hasta que todas las válvulas de escape fiscales no hayan sido cerradas el reloj no empezará a andar. Después de un periodo transitorio de siete años deberá entrar en funcionamiento el sistema de información sobre el intercambio global de información relativo a los rendimientos en forma de intereses. Durante el periodo transitorio, Austria y Luxemburgo podrán mantener su impuesto en la fuente sobre las rentas de capital de extranjeros pertenecientes a la UE.

Bélgica, Grecia y Portugal deberán comunicar antes de finalizar este año si quieren también adoptar esta reglamentación. Este monstruoso compromiso no sólo refleja el espíritu de los ministros de finanzas celosamente atentos a sus ingresos. También pone de manifiesto —y esto es lo más grave— el imperialismo burocrático de una UE que quiere imponer su sistema a casi todo el mundo. En el exceso de celo de suprimir hasta el último paraíso fiscal se mide todo el Globo por el mismo rasero, el de las comunicaciones de control.

Estos saludos que se envían desde "Absurdistán" son el último eslabón de una cadena de infructuosos intentos de armonizar la diferenciada sujeción a gravamen de los intereses de los países miembros de la UE. Después de haber fracasado, a principio de los años noventa, y por la oposición de Gran Bretaña y Luxemburgo, una primera propuesta de directiva de impuesto mínimo, la Comisión de Bruselas presentó en 1997, bajo la presión de Alemania, Francia y Bélgica, un segundo proyecto que hasta la conferencia de Feira ha constituido la base de las deliberaciones. Este preveía la coexistencia del impuesto mínimo y de las comunicaciones de control de los bancos a la administración financiera y tenía el atractivo de la flexibilidad, puesto que los países miembros debían poder escoger entre los dos sistemas. Pero a los británicos no les encajaba la posibilidad de elección; se aferraban al intercambio recíproco de información relativa a las rentas de capital de los extranjeros a efectos fiscales. Pero con ello Luxemburgo y Austria vieron que estaba en peligro su secreto bancario, oponiéndose en consecuencia.

En el maratón de negociaciones de Feira el primero que ha cedido ha sido el Jefe del Gobierno de Luxemburgo, Jean Claude Juncker. Ha anunciado, sin embargo, que sólo podía aceptar un intercambio de información si hacían lo mismo Austria, Suiza y otros terceros países. Con ello se cargaba el muerto al Canciller austríaco Wolfgang Schüssel. Después de las sanciones aplicadas a la república alpina por la participación en el Gobierno de la FPÖ de Haider, Schüssel quedaba ahora también sometido a la presión de los socios en materia de política fiscal. Al final ha tenido que ceder. Pero su anuncio de que Austria establecerá las condiciones para el sistema de información pende del fino hilo de la modificación de la constitución. En efecto, el secreto bancario, que en Austria tiene rango constitucional debe ser cambiado por mayoría de dos tercios, de forma que en el futuro solamente regirá para los austríacos, pero no en cambio para los extranjeros, de la UE. De ahí que en Feira, Schüssel no se haya podido comprometer con carácter definitivo y que sea, sobre todo en vista del mantenimiento de las sanciones, muy incierto que en el Parlamento viesen dos tercios de los

diputados estén conformes con la solicitada enmienda.

Las primeras reacciones desde Suiza y desde algunos otros países terceros permiten concluir que el acuerdo de Feira no evitará la primera dificultad. Para Suiza –así lo ha hecho saber su Ministro de Finanzas– el secreto bancario no está disponible. También en Liechtenstein, Mónaco y San Marino podría ser limitada la disposición a doblegarse ante las amenazas de Schröder y de algunos otros jefes de gobierno de la UE y a reducir despreocupadamente las ventajas de localización en esos países. Aparte de esto, es dudoso que el acuerdo, que distingue entre nacionales a efectos fiscales y extranjeros a efectos fiscales responda a la prohibición de discriminación del Tratado de la UE. Aunque el Tribunal de Justicia Europeo no se ha opuesto hasta ahora a la diferenciación usual en muchos estados de la UE entre nacionales y extranjeros, en cambio, cuando el secreto bancario sólo se aplica más allá de las fronteras a los nacionales desde el punto de vista fiscal, los otros fácilmente pueden considerarse ciudadanos de segunda.

Una Comunidad que se apresta a crecer para agrupar a casi 30 miembros no puede ser monolítica. Tiene que diferenciarse de la forma como acaban de describirlo el Ministro de Exteriores Joschka Fischer y otros. Sin embargo, en la política fiscal se está intentando exactamente lo contrario: nivelación, en lugar de competencia, fisgoneo, en lugar de confianza.

El oscuro compromiso de Feira

(Edit. de Andreas Oldag en *Süddeutsche Zeitung*, del 26 de junio)

En Bruselas aumentan las dudas con relación al compromiso sobre la fiscalidad de los intereses negociado en la localidad portuguesa de Feira con ocasión de la cumbre de la UE. Los diplomáticos de la Unión critican el abandono del así denominado modelo de coexistencia que debía constituir hasta ahora el fundamento de una más justa sujeción a gravamen de los rendimientos del capital. Según el acuerdo de Feira, los estados miembros tendrán que introducir, a lo más tardar en el año 2010, un amplio sistema de intercambio de información entre los bancos y las administraciones financieras. "Recibiremos una enorme masa de datos que apenas si se pueden procesar de una forma razonable", opina un alto funcionario de la UE. En este contexto, en la administración comunitaria también se remite a las modalidades de recaudación del impuesto sobre el valor añadido, según las cuales cada empresa que opere en el comercio internacional figura en un registro. Este sistema es ya de por sí costoso y propenso al fraude.

Caso de que un día se pusiera en práctica el acuerdo de Feira, cada libreta de ahorro que un ciudadano de la UE abriera en otro estado miembro de la Unión Europea tendría que declararse a la administración tributaria de su país de origen. Tampoco está nada claro quién debe asumir los costes de la comunicación de control. Los bancos ya han escurrido el bulto.

Otro problema lo constituye la amenazante evaluación de capitales. Aunque la UE quiere concluir con terceros estados, como Suiza, Liechtenstein, pero también con EEUU, acuerdos encaminados a taponar agujeros de fraude fiscal es una ilusión creer que al capital no se le van a ofrecer puertos seguros en cualquier parte del mundo. Una huida en gran escala de capitales también podría debilitar el euro si los inversores dan todavía mayor preferencia al dólar. El compromiso festejado en Feira es desequilibrado y de horizontes limitados.

¿Por qué no se ha atendido la UE a la propuesta de la Comisión sobre la fiscalidad de los intereses? Según ella los estados miembros debían poder elegir entre un impuesto en la fuente de por lo menos el 20 por ciento y una comunicación de control relativa a los rendimientos por intereses en el país de residencia del inversor. Éste, así llamado modelo de coexistencia, habría respondido mejora los intereses de todos los estados de la UE. Y, además, también se habría creado un mínimo de justicia fiscal; sobre todo Luxemburgo y Austria, estados con un riguroso secreto bancario, querían, en todo caso, aceptar de momento un impuesto en la fuente. Asimismo, por supuesto que éste habría dado lugar a un mecanismo de compensación destinado a repartir de forma más justa entre los estados de la UE los ingresos fiscales.

El acuerdo de Feira, al que en el último minuto se ha conseguido llegar también con la vacilante conformidad de Luxemburgo y el apoyo poco decidido de Austria, ha boicoteado el modelo de coexistencia. El secreto bancario ha pasado a la situación de disponible. Por supuesto que es muy dudoso que el acuerdo de la cumbre pueda llegar a ponerse en práctica alguna vez. Y, lo que es más grave, los estados miembros han admitido un procedimiento que pone en cuestión su crédito político. La UE se ha precipitado hacia la dependencia con respecto a los terceros países, porque, pasados dos años, la Comunidad se propone, a la luz de los resultados de la negociación con estos países, decidir si debe aplicarse la directiva. Como la decisión ha de ser por unanimidad, Austria y Luxemburgo tienen en sus manos todos los medios para boquear la reglamentación.

El papel de los británicos.

El papel representado por Gran Bretaña es confuso. El Ministro británico de Finanzas Gordon Brown ha conseguido en Feira cargar el muerto sobre todo a los austríacos. En esto ha sido primero Gran Bretaña la que no se ha querido dejar estropear, con la imposición sobre los intereses, el negocio de los empréstitos internacionales (europebonds) en la City londinense. Después, a principios de año, Brown ha abogado entonces repentinamente por la obligación general de notificación, probablemente también con la esperanza de que Luxemburgo y Austria, por su secreto bancario, nunca dieran su conformidad a esta regulación.

Si bien en Feira se ha conseguido conciliar las diferentes posiciones, se trata de un compromiso tambaleante. Los estados de la UE han dejado abiertas mu-

chas válvulas de escape para impedir la sujeción a gravamen de los intereses.

Un blanco llamado secreto bancario

(*Neue Zürcher Zeitung*, edit. del 21 de junio)

Contrariamente a lo que se esperaba, sí se ha alcanzado en la cumbre de Feira de la UE, literalmente en el último minuto, un acuerdo de principio en lo relativo a la sujeción internacional a gravamen de los intereses. De todas maneras, de hecho, se ha pasado esta patata caliente a importantes estados socios como Suiza. Porque antes de que a finales de 2002 se apruebe en el Consejo de Ministros la directiva relativa a la imposición sobre las rentas en forma de intereses en el espacio de la UE deben negociarse con los países terceros "medidas equivalentes" en la lucha contra el fraude fiscal. Lo que esto signifique es algo que dos países, Austria y Luxemburgo, han precisado en un sentido extremadamente desagradable para Suiza. Viena sólo quiere aceptar la pretendida solución, a nivel comunitario, del denominado intercambio de información entre las administraciones financieras en el caso de sujeción a gravamen de las rentas en forma de intereses de un ciudadano de la UE con domicilio fiscal en otro país de la UE si en los países terceros también se admite el sistema de intercambio de información. Y el Gran Ducado, a su vez, quiere hacer depender su aprobación de que Austria siga ese camino. En lenguaje claro, toda la estrategia de estos dos estados va dirigida a poner a disposición su secreto bancario sólo si Suiza, entre otros países, sigue el ejemplo.

De facto, en Feira se ha enterrado solemnemente el llamado modelo de coexistencia que habría dejado a los estados miembros la elección entre una imposición en la fuente y un intercambio de información. Se trata de una gran victoria de los británicos. Londres, que siempre habla rechazado categóricamente la sujeción a gravamen en la fuente como alternativa al intercambio de información, se quedó hasta hace medio año, en la cumbre de la UE de Helsinki, aislado en esta posición. Sin embargo, cuando el Ministro de Finanzas de Alemania Eichel empieza a "relativizar" el secreto bancario alemán se toma la iniciativa en materia de política financiera en dirección a Gran Bretaña. En este contexto no deja de tener una cierta ironía que sean precisamente los británicos, que tan a menudo hablan de la necesidad de respetar la tradición y las singularidades de cada estado miembro, los que hayan torpedeado con éxito el modelo de coexistencia. Pero los intereses económicos prevalecen sobre el crédito político. Y surge el cálculo económico de Londres. Porque si se lleva a cabo el sistema del recíproco intercambio de información de las administraciones financieras, Gran Bretaña habrá alcanzado su objetivo más importante cual es el de quebrar el secreto bancario en las plazas financieras competidoras de la City. En cambio, si la realización del proyecto se retrasa en varios años –y verdaderamente no escasean las cortapisas– según el punto de vista británico, se puede, en el mejor de los casos, vivir con el *status quo*. Como es sabido, no había sido el Reino Unido el que había reclamado normas eficaces contra el fraude fiscal.

Los resultados de Feira ponen a Suiza en una situación poco confortable. Seguirá aumentando la presión que ya en el ámbito de la OCDE ha venido creciendo para "relativizar" el secreto bancario helvético. ¿Podrá nuestro país oponer indefinidamente resistencia a este presión? Dadas las estrechas interrelaciones económicas existentes la UE tiene frente a Berna muchas posibilidades para apretar las tuercas. Podría, por lo menos, hacer depender la conclusión de otros acuerdos bilaterales de una avenencia sobre "medidas equivalentes" en el campo de la imposición sobre los intereses. El Ministro de Finanzas Kaspar Villiger tiene por ello que desarrollar rápidamente una estrategia para saber cómo hay que reaccionar a instancias de la UE para evitar en la medida de lo posible daños a la plaza financiera que es Suiza. No debe repetirse un ataque por sorpresa como el que logró EEUU en el caso de los patrimonios no reclamados.

Cura de adelgazamiento para el área del euro

Propuestas de rebaja de impuestos del Comisario Pedro Solbes.

(Edit. de Andreas Oldag en *Süddeutsche Zeitung*, del 24 de mayo)

El Comisario de Política Monetaria de la UE Pedro Solbes ha elegido bien el momento para presentar su iniciativa. Mientras el euro sigue dando tumbos y el tipo de cambio frente al dólar de EEUU todavía no se ha recuperado de forma satisfactoria, el Comisario español presenta propuestas para acometer rebajas de impuestos en los estados miembros del euro. Las normas deben garantizar que los gobiernos puedan reducir el nivel de los gravámenes sin poner en peligro el Pacto de Estabilidad para el euro.

Las reducciones de impuestos podrían apoyar la expansión de la coyuntura que acaba de iniciarse en la zona del euro. Además, el fortalecimiento del vigor económico es una condición necesaria para la recuperación del euro en los mercados internacionales de divisas. Y es que Europa continúa renqueando detrás de la locomotora de la coyuntura que es EEUU. Esto no es una casualidad: mientras la presión fiscal global en la zona del euro es, según cálculos de la Comisión, del 43 por 100, en Estados Unidos sólo se llega al 29 por 100. Solbes ha encargado a sus funcionarios la elaboración de un pronóstico muy prometedor según el cual las rebajas fiscales generales del orden de un 1 por 100 del producto interior bruto (PIB) podrían incrementar el empleo en la UE en una cifra de alrededor de 750.000 puestos de trabajo. Y si las reducciones de gravámenes se concentran en la disminución de los costes salariales adicionales, en opinión de Bruselas, podrían con la misma inversión crearse incluso 1,5 millones de nuevos empleos.

Peligros para el saneamiento.

Claro que con sus propuestas, que se han visto rodeadas de la benevolencia de la mayor parte de los estados miembros, la Comisión se encuentra ante un di-

lema: un ritmo demasiado audaz en las rebajas de impuestos podría poner en peligro el necesario saneamiento de las finanzas públicas. Bélgica, con el 114,4 por 100 del PIB, e Italia, con el 114,9 por 100, tienen un nivel de endeudamiento que supera ampliamente el valor de referencia de Maastricht del 60 por ciento. También en Alemania progresa sólo con dificultad la reducción del endeudamiento estatal que el año pasado era del 61,1 por 100. Sólo el endeudamiento nuevo estaba, con el 1,2 por 100, dentro de los márgenes recomendados. De ahí que la Comisión quiera comprometer a los estados miembros a introducir rebajas de impuestos no compensadas por economías solamente cuando los presupuestos respondan a los objetivos del Pacto de Estabilidad. Éste prevé presupuestos equilibrados o incluso excedentarios a medio plazo. Aparte de esto, las rebajas fiscales no deben ser procíclicas a fin de evitar un sobrecalentamiento de la coyuntura.

Polémica en torno a las licencias.

Un punto delicado es también la utilización de los ingresos procedentes de las licencias de la próxima generación de telefonía móvil. Su venta podría proporcionar a los estados miembros de la UE beneficios por valor de unos 200 millardos de euros. Ya con ocasión del encuentro de los ministros de finanzas de la UE, a principios de Mayo, se suscitó la polémica entre el Ministro alemán de Finanzas Hans Eichel y su colega francés Laurent Fabius. Mientras que Eichel exigía que los ingresos originados por el otorgamiento de licencias en la zona del euro se utilizaran para dismantelar el endeudamiento estatal, Fabius quería mantener abiertas otras opciones. En Francia está en discusión la utilización de los ingresos, por ejemplo, en programas de empleo estatales.

El debate alrededor de las rebajas de impuestos, así como la utilización de ingresos socava la tendencia hacia una más consistente sintonización de las políticas económica y financiera en la zona del euro. La moneda única ha aglutinado a las economías de los once estados participantes sobre el principio del pase lo que pase. Aunque la política fiscal todavía la fijan de forma predominante los estados nacionales, cada vez es más importante el problema de que un país no debe alcanzar ventajas frente a otro a través de la competencia fiscal desleal. Es necesario un mínimo de armonización fiscal para que el Mercado Interior pueda funcionar. A la inversa, la rebaja de la carga impositiva debe producirse de acuerdo con unas reglas limpias. Con sus propuestas, el Comisario Solbes ha señalado el camino correcto.

La carga heredada de la unificación

(Edit. de Nikolaus Piper en *Süddeutsche Zeitung*, del 1/2 de julio)

Han transcurrido exactamente diez años desde que el DM se convirtiera en moneda oficial de la RDA. Con este paso se había hecho inevitable la unificación

de Alemania y prácticamente tres meses después dejó de existir el segundo estado alemán. Así que desde un punto de vista político el 1 de julio de 1990 constituyó el primer paso para la unión estatal de la nación, y como tal entró justificadamente en la memoria colectiva. Sin embargo, bajo el prisma económico, la unión monetaria de los dos Alemanias fue un error gigantesco cuyas previsibles consecuencias vienen pesando sobre el Este y el Oeste de Alemania mucho más de lo que probablemente creen la mayor parte de alemanes.

Todo esto no significa menospreciar el gran presente que es la unificación o las pequeñas y grandes realizaciones acometidas en la reconstrucción del Este del país. Tampoco supone ello la adjudicación de culpa alguna al entonces Canciller Federal.

En aquella ocasión, después de la caída del muro, cuando la RDA se vaciaba cada vez más, hubo poco tiempo para pensar. Sobre todo, nadie disponía de una alternativa a la vía de Helmut Kohl –tampoco Oskar Lafontaine, el antagonista que entonces tenía el Canciller Federal. De reprochar algo a alguien, probablemente será a toda la clase política de la República Federal a la que habría que echar en cara el fracaso por haberse preparado con demasiado retraso para las necesarias repercusiones de la unión monetaria.

En cualquier caso, fue un golpe de mano el que el 6 de febrero Kohl hiciera suya una propuesta del SPD y ofreciera a la RDA una unión económica, monetaria y social. Fueron cogidos por sorpresa los aliados de la República Federal, el Bundesbank, los expertos de los Ministerios Federales de Economía y de Hacienda y finalmente los ciudadanos del Este y del Oeste. No podía ya frenarse con nada la dinámica desencadenada por esta oferta: “si viene el DM nos quedamos, si no viene, nos pasamos a él”, exclamaban los ciudadanos de la RDA. El ímpetu de las expectativas lo percibieron los gobernantes de Bonn cuando el Banco Federal intentó imponer un tipo de cambio más realista entre el Este y el Oeste, a saber el de 1 por 2. El resultado fue una tempestad de protestas en toda la RDA. Se habló de fraude electoral y de expropiación, lo cual, dada la retórica de Bonn, era absurdo y comprensible al mismo tiempo. Al final, salarios, sueldos y pensiones se convirtieron al cambio de 1 por 1 y los patrimonios en efectivo superiores a 6.000 marcos del Este, al de 1 por 2.

La fatal fórmula de 1 por 1.

Este reajuste supuso para las explotaciones industriales una revaluación en aproximadamente el 400 por 100, más exactamente, cuadruplicar los costes, quebrando, como es lógico, la economía de la RDA el 2 de julio de un golpe y en su totalidad. Después fue inevitable que la *elite* técnica y económica de la RDA fuera sustituida por alemanes occidentales y también inevitable que las cifras de paro se encaramaran hasta el nivel de la crisis económica mundial. Igualmente, estaba ahora claro que la unificación costaría mucho dinero a Occidente.

Pero lo verdaderamente fatal fue que todo no quedara en este *shock* único sino que la fórmula del 1 por 1

desencadenara un impacto devastador sobre la política y la sociedad de la Alemania unida. Las cosas no giraban, en primer término, en torno al potencial económico de los nuevos estados federados, sino alrededor de la igualación de las rentas, con separación total con respecto a las realidades económicas. El reparto del bienestar precedía a su creación.

Cuando Kohl fijó el 1 de julio como fecha para introducir la unión monetaria pensó que los nuevos ciudadanos federales podría irse ya de vacaciones con la nueva moneda. Los funcionarios de las asociaciones de Alemania del Oeste se encargaron de que después de 1990 los costes salariales unitarios, la medida estándar del precio del trabajo, volvieran a subir, en un 150 por 100, en el espacio de dos años. Y todavía, en la primavera de 2000, el Sindicato de los Servicios Públicos y del Transporte ha tratado de imponer a los altamente endeudados estados federados del Este, con sus sobreocupadas plantillas, unos incrementos de retribuciones superiores a la media.

Éste es el trágico elemento del proceso de unificación: cuanto más rápidamente se procura igualar las condiciones de vida en el Este y en el Oeste más se consolida la desigualdad. Hasta ahora son un freno en el Este los tipos salariales del Oeste de Alemania y la densidad de reglamentaciones que aquí rigen. Hay éxitos indiscutibles allí donde las transferencias monetarias directas pueden conseguir algún resultado. El Este de Alemania tiene una de las redes telefónicas más modernas de Europa y es impresionante el ritmo al que se construyen carreteras y líneas de ferrocarril. Hay resultados brillantes en Sajonia y Turingia, donde los ministros se esfuerzan con eficacia por que las industrias se establezcan allí o donde después del cambio se han mantenido o creado, merced a subvenciones en gran escala, algunos núcleos industriales, por ejemplo, en Jena o también en el triángulo químico próximo a Halle. Y, por último, hay muchos ejemplos positivos de establecimiento de empresas que, pese a las contrariedades, han creado puestos de trabajo en el Este. Lo único que pasa es que son demasiado pocas como para que, aun cuando sólo fuera por aproximación, pudieran compensar el anterior déficit de industrialización de Alemania del Este.

Estancamiento desde 1994.

Las cifras son desilusionantes. De cada tres marcos que el Este gasta, uno no se obtiene allí y, por lo tanto, viene del Oeste, generalmente de transferencias estatales. Ya en 1994 se paraliza la carrera del Este por ponerse a nivel, desde 1996 el producto económico por persona activa se mantiene en el 60 por 100 del nivel del Oeste y, tendencialmente, el paro todavía ha aumentado últimamente.

Hay muchos errores que hoy ya no se pueden subsanar. Pero los políticos y las agrupaciones y asociaciones pueden intentar no cometer más en el futuro. En el fondo, las conclusiones no son en el fondo indiscutibles. En primer lugar, los alemanes del Oeste tienen que estar preparados para pagar durante años al Este transferencias por valor de millardos de tres dígitos. La

parte del león resulta de todas formas de la constitución social alemana y esto se puede modificar, pero el resto a estructurar debería colocarse de la forma más eficiente posible en inversiones en infraestructura. En segundo lugar, los sindicatos deberían abandonar de una vez la política de la igualación salarial. Cada aumento salarial que deja de tener lugar proporciona respiro a las empresas, les permite pagar más por trabajadores de primera y, al mismo tiempo, fortalece la institución del convenio colectivo. Y en tercer lugar, los políticos deberían tener el valor de expresar verdades incómodas. Por ejemplo, que es inevitable una nueva emigración de trabajadores jóvenes del Este, que no es posible cerrar en el curso de una generación el vacío abierto por la destrucción de la industria de la RDA. O también ésta: los gobiernos regionales, hechos posibles y tolerados por el PDS, pero también los cabezas rapadas en las calles, tienen efectos disuasorios, por lo menos para los inversores extranjeros.

Pero los políticos deberían desviar su atención desde las ubicaciones difusas a las realidades económicas. En 1990, bajo el primado de la política, se prefirió la economía. Ahora llegaría en el Este la hora de otorgar la primacía a la economía.

“... entonces nos pasamos al DM”

Diez años de unión monetaria alemana.
(Edit. de Hans D. Barbier en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, del 1 de julio)

La unidad alemana cumple diez años. Ello será objeto de celebración política el 3 de octubre. Pero para la mayor parte de la gente del Este de Alemania el verdadero día de la reunificación es el 1 de julio, el día en el que les facilitaron el DM.

No afecta a la significación histórica del levantamiento pacífico, ni a la honra de los manifestantes del Este en favor de la libertad, el que las exclamaciones, que se oyeron en todo el mundo y que se consideraron tan emotivas, de “somos el pueblo” y “somos un pueblo” se deslizaran inmediatamente después de la caída del muro hacia lo económico con el grito de “¡si viene el DM nos quedamos, si no viene, nos pasamos a él!”. Así, según la visión de los alemanes del Este, la moneda se convirtió en el símbolo de la pretendida unidad y, desde la consideración de la política de la Alemania occidental, en instrumento de la unificación. En el momento del cambio la marca del bienestar y el motor de la política no podían tener rasgos más ajustados a lo que era la República Federal, porque todo giraba en torno al marco. A las personas se les cumplía un deseo a satisfacer con dinero y la política se encontró situada en el habitual terreno en el que se manejan grandes sumas.

Así, la reunificación se convirtió en una unión monetaria. Para la acción política de aquellos meses, entre noviembre de 1989 y julio de 1990, el DM alcanzó la dimensión decisiva. Quien en la República Federal o en la RDA había pensado en voz alta en una estructura federal de dos estados alemanes libres cayó por la llamada más fuerte en favor del marco en una posición ya

no inteligible de "outsider". Para el Gobierno federal de aquel momento los anhelos monetarios de los alemanes del Este se convirtieron al mismo tiempo en preocupación y estímulo. El planteamiento, que después del primer delirio de entusiasmo deja de ser por todos lados satisfactorio, de unas migraciones del Este al Oeste en extraordinario crecimiento da alas a la voluntad política de utilizar la quizá sólo pequeña ventana de la historia para poner en marcha la reunificación estatal sin todas las soluciones federales provisionales. Era impensable entre el Este y el Oeste una grapa más consistente que el DM, así que en el uso lingüístico de la época no había "alternativa a la unión monetaria".

Frente a esta visión de la política los argumentos y advertencias sobre las consecuencias económicas de una unión monetaria no tenían perspectivas de ser escuchadas. Quien desaconsejaba el establecimiento inmediato de una unión monetaria era relegado a la vecindad de los enemigos de la unificación nostálgicos del socialismo. Los economistas ni siquiera pudieron participar de modo decisivo en la fijación de la relación de cambio. Como siempre –y como siempre con consecuencias negativas– fueron decisivas las cuestiones de distribución: para la pequeña cartilla de ahorros, un cambio preferente de uno por uno (marcos de la RDA con respecto a DM), para ahorros de más importancia, un cambio de dos a uno. El peso económico de esta acción de conversión habría sido fácil de soportar. Pero el verdadero alcance no estuvo en la conversión de los patrimonios, sino en el brusco aumento de los costes de producción en las empresas del Este de Alemania. Como todas las rentas –por lo tanto, también los salarios– se convertían en base a la relación de uno por uno, pero no estaba disponible una devaluación monetaria para compensar las diferencias de productividad y la débil potencia exportadora de los centros de producción de la Alemania del Este, la operación unión monetaria tuvo previsiblemente que pasar a ser una pesada carga para unas empresas del Este de Alemania en todo caso deterioradas. La más gráfica formulación de lo que significó el proceso de unificación iniciado por la unión monetaria la hizo entonces el economista de Colonia Christian Watrin, en una colaboración suya para este diario, al decir que "esto es como las ascensiones en invierno por la pared Norte del Eiger".

No todas las dificultades de la faceta económica de la unificación deben atribuirse únicamente a la temprana introducción de la unión monetaria. El deterioro de los canales comerciales en la alianza en descomposición de los países del Comecon, las instigaciones en materia de costes por parte de la imperialista política salarial de los sindicatos de la Alemania occidental, y no en último término el traspaso de todo el acervo de leyes sociales y regulaciones de la República Federal a los entonces así denominados nuevos estados federados, dificultaron, o incluso impidieron, la aparición de un paisaje industrial competitivo. Las subvenciones a la inversión de capital y el encarecimiento socialmente fundamentado del trabajo llevaron a la economía del Este, en dificultoso proceso de desarrollo, por las sendas de modernización de la sobrecapitalización y del paro en gran escala. Esto no parecía ni parece tener nada que ver con el codiciado marco. Pero esto –cualquiera que sea la valoración política que se pueda hacer de la unión monetaria– es un error económico.

Como telón de fondo, la unión monetaria representaba su papel entorpecedor de la adaptación: escapar mediante una devaluación monetaria de la presión de costes originada por la política social y de una desventaja en productividad sólo muy lentamente superable pese a todas las ayudas del Oeste, no era ya posible con la creación de un área monetaria única.

Después de diez años de unión monetaria las informaciones relativas a los informes de los economistas no se leen como si se tratara de historias de éxitos: "No ha tenido lugar en el Este el esperado milagro económico", "la transformación inacabada", "acusada necesidad de transferencias durante otros diez años".

La respuesta a la pregunta de si es satisfactorio el resultado económico del proceso de unificación sólo puede ser ésta: "es deprimente". Pero no tiene respuesta la pregunta acerca de cómo habría discurrido el proceso de la unificación alemana si el entonces Canciller Federal Kohl no hubiera buscado la oportunidad de crear con la unión monetaria una unión basada en el dinero como vehículo más sólido. El eco financiero de esta decisión es el flujo, que se resiste a terminar de transferencias del Oeste al Este. Por supuesto que ahora cede la fuerza unificadora de este flujo. También ello pertenece al balance político y económico del décimo aniversario que comentamos.

Los ojos de tiburón de la OPEP

Pocas esperanzas de gasolina más barata.
(Edit. de Dieter Claassen en *Süddeutsche Zeitung*, del 23 de junio)

El mercado de petróleo ofrece actualmente una imagen distorsionada. No es fácil, a fuerza de tantos barriles o de la supuesta escasez de los mismos, adivinar el gran perfil, la verdadera relación entre oferta y demanda. El pasado jueves los operadores de Nueva York y Londres han reaccionado de momento como si nada hubiera sucedido, los precios han continuado situados a alturas de claramente más de 30 dólares. El aumento de la cuota de producción en 708.000 barriles por día (bpd) anunciado en Viena por los países miembros de la OPEP se ha despachado con el calificativo de "insuficiente".

En comparación con una demanda mundial de 75 millones de barriles al día, este incremento no constituye verdaderamente ningún regalo. Y si se tiene en cuenta que los doce miembros del cártel ya habían rebasado "extraoficialmente" en unos 600.000 bpd su cuota total, no incrementada hasta marzo en 1,7 millones de bpd, es decir que hacían trampa, a primera vista sólo queda todavía una mayor producción cifrada en 100.000 bpd. Pero también esto sería la cuenta de la lechera. Porque la OPEP volverá a rebasar "extraoficialmente" la cuota ampliada. Incluyendo las subidas producción menores de Méjico y Noruega, podrían con ello, a partir de julio, ir realmente a los consumidores alrededor de medio millón de barriles adicionales.

Actualmente, el mercado del petróleo vuelve a quedar determinado, por lo menos con la misma

fuerza, por el temor subliminal a la escasez y por la relación fundamental entre oferta y demanda. El temor también sigue imprimiendo carácter a la política de producción de la OPEP. A fin de cuentas, todavía en el otoño de 1997, nada menos que antes de estallar la crisis económica y financiera en Asia y de caer fuertemente la demanda de crudo, la organización había aumentado la producción. Con el descenso del precio del crudo a diez dólares, hasta principios de 1999, los planificadores fallidos pierden así unos 60.000 millones de dólares de unos ingresos que antes habían sido de aproximadamente 160.000 millones. La contracción de la oferta mundial de petróleo, en al menos un 7 por 100 desde la primavera de 1999, ha triplicado en los doce meses siguientes el precio hasta más de 34 dólares, pero incluso el precio actual de más o menos 30 dólares no es históricamente tan alto como ahora parece.

Durante las últimas crisis del petróleo de los años setenta y ochenta el crudo ha sido, en términos reales, aproximadamente dos veces más caro. Aparte de esto, el oro negro parece haber perdido desde entonces una parte de su poder económico. La utilización del mismo por unidad de crecimiento se ha reducido en los países occidentales más o menos en un 50 por 100. Sin embargo, bajo la presión de EEUU, y con la preocupación puesta en las oportunidades de venta a largo plazo de la todavía más importante fuente de energía, el Ministro del Petróleo de Arabia Saudí Ali al-Naimi ha prometido el jueves en Viena observar en el futuro el precio del petróleo con "ojos de tiburón". "Haremos todo lo que sea necesario para reconducirlo al precio objetivo de la OPEP de 25 dólares". De todas formas, los consumidores deberían buscar menos en los productores de crudo la causa del elevado precio actual.

Mientras tanto, esto lo confirman también los analistas. Roger Diwan, de la Petroleum Finance Co. de Washington, ve la raíz de los actuales altos precios de la gasolina y del crudo en el pecado de omisión de las refinerías en Europa y sobre todo en EEUU. En vista de unos precios del crudo, que por primera vez desde hacía diez años se han incrementado hasta más de los 30 dólares, este país habría reducido considerablemente su producción en febrero y marzo, dando, con ello, lugar a la actual necesidad de recuperación y almacenamiento en productos y en materia prima. Esto vendría todavía agudizado en EE.UU. por las demoras en la introducción de una nueva gasolina ecológica (RFG).

El mercado exige más.

Robert Mabro, responsable del Institute of Energy de Oxford, considera que "no existe una verdadera escasez de crudo". El Centre for Global Energy Studies (CGES) de Londres y el Analyst Geoff Pyne del Standard Bank ven, sin embargo, una cierta diferenciación en el mercado. A pesa de, o justamente debido a las distorsiones del mercado por factores extraordinarios parten de precios del crudo persistentemente elevados, por lo menos en los próximos meses. En esto ni siquiera la demanda internacional de petróleo, que en 2000 probablemente crecerá sólo en apenas el 1,5 por 100, mantendrá alto el precio, más bien lo hará la

enorme necesidad de reabastecimiento de las refinerías y depósitos de almacenamiento.

La BP hace todavía referencia, en su "Statistical Review of World Energy 2000", a otro factor fundamental del mercado del petróleo. Señala que por la caída del precio del crudo en 1998/99 han dejado de hacerse, sobre todo en los países no pertenecientes al área de la OPEP, importantes inversiones en nuevas capacidades. "Por ello, en los próximos uno o dos años nos encontraremos en un mundo controlado por la OPEP". El mercado demandará cada vez más petróleo de la organización.

Suiza, un milagro en el campo del empleo

(*Neue Zürcher Zeitung*, edit. del 8/9 de abril)

En el terreno del mercado de trabajo Suiza puede permitirse estar razonablemente orgullosa. Con un 2,3 por 100 la tasa de paro alcanza aquí menos de un tercio de la media de la UE (8,8 por 100). A las grandes naciones de la UE, Alemania (8,4 por 100), Francia (10,5 por 100), Italia (11,2 por 100) y España (15,2 por 100), las circunstancias que se dan en este mercado laboral les tienen que parecer un cuento en el país de las maravillas del empleo. Aun cuando se consideren las diferencias de definición, el desempleo suizo podría estar claramente por debajo del de EEUU. A la inversa, la tasa de empleo se sitúa, con el 66 por 100, visiblemente por encima de la de la UE (61 por 100).

¿Qué hay detrás de este logro en el terreno de la política de ocupación? Hay naturalmente también algo de historia. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Suiza pudo apoyarse en la infraestructura existente. Gracias a una prematura política de apertura económica y de la orientación hacia la exportación de ella derivada de esta ventaja se pudo aplicar en beneficio del empleo. Desde entonces, en este país de elevados salarios, especializado en una producción de bienes y servicios intensiva en capital en el que casi uno de cada tres ocupados posee un pasaporte extranjero, la escasez relativa de mano de obra cualificada constituye una de las constantes de la situación económica.

Pero el que en Suiza raras veces haya faltado trabajo (bien pagado) en absoluto es sólo resultado de felices circunstancias, sino que tiene que ver con el esfuerzo continuado en favor del atractivo de Suiza como emplazamiento económico. Porque la pertenencia a un grupo económico de cabeza no constituye ninguna garantía para mantenerse en el club de los favorecidos por el éxito económico. Hay que afianzar cada vez de nuevo el empleo con una sujeción moderada a gravamen de los factores variables, con estabilidad, con disponibilidad de trabajadores cualificados, con una infraestructura eficiente y con una innovativa cultura de la competencia. Donde la economía y la política intenten eludir la competencia internacional se pondrán en peligro los puestos de trabajo. La anticipada liberalización del mercado de capitales ha llevado a la creación de numerosos puestos de trabajo y la titubeante apertura de los mercados de las telecomunicaciones, elec-

tricidad, servicios postales etc. amenaza con destruir otros muchos.

Desde el punto de vista del mercado laboral el milagro suizo del empleo tiene, sobre todo en un sentido, carácter de modelo: demuestra en qué medida la elevada flexibilidad del mercado de trabajo favorece a los trabajadores. Ayuda a impedir que las partes más débiles de la población activa o los empleados que tuvieron mala suerte se vean por largo tiempo desplazados del mercado de trabajo. Gracias a la elevada flexibilidad del mercado laboral, las caídas recesivas en el empleo no han conducido –como es el caso de los superregulados mercados laborales europeos– a un incremento del paro estructural.

En Suiza se mantienen, dentro de unos límites razonables, las regulaciones estatales del mercado de trabajo y no hay salarios mínimos de soberanía. Mientras que en Alemania es prácticamente imposible para el mismo patrono despedir a un trabajador ya después de varios años de actividad, aquí a un hombre o una mujer de 50 años se les puede despedir con relativa facilidad. Pero éstos volverán a encontrar un puesto de trabajo con una probabilidad esencialmente mayor que en el país vecino del Norte. La regulación de las condiciones de trabajo es cuestión fundamentalmente de los interlocutores sociales, la fijación del salario se deja en gran parte a las empresas. Con ello los costes laborales y el empleo se ajustan más fácil y rápidamente a las circunstancias de cada caso hay un mayor número de puestos pendientes de ser ocupados. En Suiza la proporción de parados de larga duración es de menos del 20 por 100; en la UE más de la mitad de los desempleados llevan en esta situación más de un año. En la UE el paro juvenil es de más del doble de la media, en Suiza los jóvenes de 25 años están parados con menos frecuencia que las personas entre 25 y 55 años.

Cuando la tasa de paro se disparó a mediados de los años noventa desde menos del 1 por 100 a en torno 5 por 100, en Suiza se extendió el temor a que la economía se quedara sin trabajo bajo el signo del cambio tecnológico. Pero, mientras tanto, ya se vuelve a discutir si el zócalo inflacionista es del 1 por 100 ó más bien del 2 por 100. Así que ¿va todo bien en el país de las maravillas del empleo?

No del todo. Actualmente está en preparación una revisión de la ley del seguro del paro laboral y de sus disposiciones de aplicación. Con vistas a ello se sometió a un crítico análisis científico la activa política de mercado laboral precipitadamente concebida a mediados de los noventa bajo la presión del creciente desempleo. Con este motivo surgió a la luz algún potencial mejorable. Al mismo tiempo la actual distensión ofrece también condiciones favorables para reflexionar sobre la estructuración fundamental del seguro de paro y su financiación. En esto no se trata de cuestionar la política de empleo y de mercado de trabajo. Por el contrario, se ofrecen por lo menos tres puntos de partida para seguir aumentando la eficacia de la política laboral suiza.

En primer lugar, los análisis científicos ponen de manifiesto que la política de mercado de trabajo se debería concentrar con mayor intensidad en no convertir

a quienes buscan un empleo en parados de larga duración (estigmatizados). Los desempleados no deberían, con una prolongada duración de su derecho y limitadas obligaciones y posibilidades de sanción, ser inducidos a alargar su búsqueda de empleo o a aferrarse a unas pretensiones poco realistas. Para parados comunes el empleo en programas alejados del mercado de trabajo no hace más que conducir a una costosa prolongación de la situación de paro. El (relativo) éxito de la retribución provisional –una especie de asignación salarial temporal para personas dispuestas a realizar una actividad regular peor pagada– muestra cómo se puede ayudar mejor al grupo mayor de desempleados. La idea de vincular prestaciones dinerarias por plazo largo a la aceptación por lo menos de trabajo temporal podría ser en todo caso más prometedor que la pugna por la duración máxima de percepciones de dinero día a día. Esto es también aplicable al grupo más bien pequeño de trabajadores de más edad que ya no encuentran empleo y que están claramente representados en exceso en el grupo de los “excluidos”. Los privilegios fiscales o los subsidios por ingresos también se ajustan más a la solución del problema de los *working poor* que los salarios mínimos fijados por el estado el permanente recurso a la caja del seguro de paro.

En segundo lugar, los desempleados con insuficiente cualificación, escasos conocimientos idiomáticos o problemas de salud requieren de una ayuda más intensiva y duradera. Afortunadamente, su número se mantiene dentro de unos límites discretos. En marzo había sus buenas 16.000 personas en paro desde hacía más de un año. El año pasado perdieron el empleo unas 40.000 personas de las que, según la experiencia, por lo menos la mitad volverán a encontrar un trabajo y una parte se retirará voluntariamente del mercado laboral. También en el caso de los “grupos problemáticos” podrían las asignaciones salariales, unidas a consiguiente asistencia y formación, ayudar de forma más eficaz que las meras “terapias de empleo”. De todas formas, deben ponerse límites a los esfuerzos encaminados a la cualificación. La puesta en práctica de servicios sencillos ofrecería una salida, pero fracasa a menudo debido a los costes laborales demasiado elevados o a la escasa aceptación social. Los pagos suplementarios a la renta tendrían también en este caso más sentido que las prestaciones de asistencia.

En tercer término, hay en la organización institucional de la ayuda al desempleo margen aún para las mejoras. Muchos centros regionales de colocación (RAV) tienen, por motivos de carácter federal, un área de influencia demasiado pequeña. Hasta ahora se financiaban según criterios de productividad. Actualmente, la confederación todavía hace de forma algo tímida el muy prometedor intento de ayudar a “la actuación empresarial” a alcanzar sus objetivos en la política de mercado laboral, financiando los RAV según su eficacia, en lugar de establecer normas. Cuanto más rápida y establemente vuelvan los sin trabajo a encontrar empleo más pagará la Confederación a los cantones por los RAV. Lo mismo sería en el futuro también aconsejable para los titulares de medidas relacionadas con el mercado de trabajo.

En último término, el futuro del “país de las maravi-

llas del empleo” dependerá, sin embargo, de si en un entorno en proceso de cambio se sigue consiguiendo mantener la flexibilidad eficaz para el empleo y las ventajas del emplazamiento del mercado del trabajo suizo con una política económica, social y de formación económicamente razonable.

El *flat tax* o el Huevo de Colón

(*Neue Zürcher Zeitung*, edit. del 11 de junio)

El sistema de impuestos directos debería ser más justo y más sencillo. Los políticos –no sólo en el extranjero, sino también en Suiza– tienden demasiado a hacer declaraciones de este tipo en las campañas electorales. Pero hay un abismo entre tales promesas y la realidad de la política fiscal. De hecho, la jungla de los impuestos se hace cada vez más inextricable. Por un lado, el programa de la imposición global sobre la renta es en el mundo real cualquier cosa menos impermeable; tiene agujeros como el queso de Emmental. Por otra parte, el reparto de la carga tributaria también sigue siendo arbitrario y por ello poco limpio, porque las rentas de capital son gravadas de forma doble y múltiple. Sólo los expertos acreditados tienen, por tanto, la perspectiva necesaria, conocen todas las posibilidades legales de desgravación y los agujeros “creados” por el legislador que sirven para minimizar la renta imponible de las personas físicas y el beneficio sujeto a gravamen de las personas jurídicas.

Este problemático proceso da testimonio del estado febril en el que se encuentra el sistema de imposición directa. Con este telón de fondo no es de extrañar que los presidentes de las organizaciones empresariales suizas hayan presentado el 13 de abril un proyecto de reforma fiscal que al menos mitigaría algunos despropósitos visibles en este campo. Entre sus demandas básicas figura la rebaja del impuesto federal de las personas naturales y jurídicas. En el caso del impuesto sobre la renta, lo que interesa al mundo empresarial es la nivelación de la acusadamente progresiva tarifa, y en el caso del impuesto de sociedades la desactivación del problema de la doble imposición económica de los beneficios distribuidos. Las organizaciones empresariales exigen reformas en el actual sistema de imposición de la renta y de los beneficios, pero (todavía) ningún cambio de sistema encaminado a un impuesto sobre la renta orientado hacia el consumo. Un tal cambio de sistema vendría, sin duda, representado por el llamado *flat tax* (impuesto único). Su característica central reside en que se aplica un único tipo a todos los contribuyentes, empresas y particulares, así como a todos los tipos de rentas.

En una consideración superficial el *flat tax* puede que equivalga casi a una provocación, porque su tipo proporcional en lugar de progresivo topa en apariencia con el postulado del reparto justo de la carga impositiva. Y puede –siempre a primera vista– parecer también sospechoso que las declaraciones de impuestos se simplifiquen radicalmente. Tanto para personas naturales como jurídicas bastaría un formulario del tamaño de una postal, puesto que el cálculo de las rentas sujetas a imposición sería sumamente sencillo.

Hay que anticipar una cosa: con el *flat tax* no se trata de que el estado se muera de hambre. No implica la vuelta a las circunstancias del siglo XIX cuando la cuota fiscal, es decir, la tributación en porcentaje con respecto al producto interior bruto, estuvo por debajo del 10 por 100. El *flat tax* se puede estructurar en principio de forma que quepa alcanzar cualquier nivel deseable de ingresos estatales. De lo que realmente se trata es de una política fiscal con rumbo determinado que considere de manera consecuente determinados criterios económicos y otros. A esto atribuye especial importancia el profesor Alvin Rabushka, de la Hoover Institution de la Stanford University (EE.UU.), que figura entre los padres espirituales del *flat tax* y que estos días ha tenido una activa presencia como conferenciante en Zürich.

Como se puede deducir de su obra modelo en este campo, elaborada conjuntamente con Robert E. Hall (“The Flat Tax”, 2ª edición, Stanford, Hoover Press, 1995), por razones de eficiencia económica un impuesto debería en primer lugar distorsionar lo menos posible la formación de los precios en los mercados. En segundo término, la política fiscal debería dar preferencia o discriminar ni al consumo, ni a las inversiones, es decir, debería ser neutral en sus efectos. En tercer término, entre las exigencias de un impuesto eficiente está el que influya en el menor grado posible en las decisiones individuales relativas a cuanto desea trabajar, ahorrar e invertir una persona. Cuarto, en el sometimiento a gravámenes las cosas también giran en torno al principio de la limpieza y de la igualdad de trato. Si dos contribuyentes tienen igual renta (con independencia de la clase de renta de que se trate) la carga tributaria que soportan debe también ser igual. Y, por último, quinto, según Rabushka y Hall, un sistema fiscal debe ser sencillo, transparente y nítido.

Con toda seguridad que el *flat tax* cumple mejor estas exigencias que los sistemas que hay en la realidad. Por un lado, se gravan sólo una vez todas las modalidades de renta y, por otra parte, se someten todas ellas al mismo tipo impositivo. A esto hay que añadir que a las rentas que no rebasen un límite a determinar según criterios políticos, en otras palabras, a los sujetos económicamente débiles y a las familias, no se les exige el pago de impuestos. En ello reside la gran diferencia entre un impuesto sobre la renta orientado hacia el consumo y el impuesto sobre el valor añadido. Al incidir el tipo impositivo único sólo a partir del tope libre de impuestos el impuesto se hace indirectamente progresivo. Y frente a la actual imposición sobre la renta con tipos marginales fuertemente progresivos el indirectamente progresivo *flat tax* tiene la gran ventaja de que no crea incentivos “negativos”. La experiencia enseña que los tipos impositivos crecientes afectan con rentas crecientes a la voluntad de rendimiento y conducen a la evasión fiscal o incluso a la defraudación. La reacción del legislador consiste normalmente en crear, empujado por los grupos de presión, nuevos agujeros fiscales para que las cosas sigan como están para quienes tienen rentas más altas.

El planteamiento más adecuado para gravar todos los posibles ingresos de particulares y empresas al mismo tipo sería en forma de un *flat tax* integrado: un impuesto sobre el salario para personas físicas y un impuesto de empresas. La declaración del impuesto so-

bre el salario contendría las rentas provenientes de la actividad dependiente (salarios, sueldos, pensiones), así como el importe vital global deducible. Así, la renta sujeta a gravamen sería fácil de determinar, dado que todos los ingresos restantes (rendimientos del capital, tales como dividendos e intereses) quedarían englobados en concepto de impuesto a cuenta en la fuente, es decir, en la empresa. Esto es correcto y posible porque el *flat tax* justamente no conoce ninguna tarifa progresiva. A su vez, la empresa, cuya forma jurídica no representa ningún papel en el marco de la imposición del *flat tax*, no puede "escabullirse", porque el impuesto de empresas no es ningún impuesto sobre los beneficios, sino un gravamen sobre la creación neta de valor. En principio, se calcula así: volumen de ventas deducidas prestaciones anticipadas, salarios, sueldos y contribuciones sociales, así como inversiones en el inmovilizado. Los sueldos y salarios son deducibles porque el fisco los sujeta a gravamen en el marco del impuesto personal sobre el salario. Y los gastos para inversiones son deducibles porque a ellos siempre se contrapone en último término el correspondiente ahorro. Si se gravaran adicionalmente a las rentas de capital se daría lugar a gravamen doble y múltiple.

El *flat tax*, que tiende a gravar el *cashflow* de la totalidad de la economía, llama la atención por su sencillez y consistencia –en todo caso, sobre el papel. Quizá con la excepción de Hongkong puede que el impuesto único todavía no se haya introducido en toda su pureza en ningún sitio. ¿Podría quizá Suiza representar un papel de avanzada entre los países industrializados occidentales? Ello no parece el caso en un plazo previsible, porque también el *flat tax* tiene sus peros. En primer lugar, habría problemas con las normas fiscales internacionales. La definitiva sujeción a gravamen en la fuente supondría tener que rescindir todos los acuerdos de doble imposición. En segundo lugar, el *flat tax*, que pretende gravar de manera uniforme todos los tipos de renta, cierra, en el fondo, la puerta a la competencia fiscal. Sin embargo, un sistema de vinculación de los ingresos fiscales, como lo tienen, por ejemplo, la Federación y los estados federados, apenas si sería compatible con la noción helvética de federalismo. Y en tercer término, el *flat tax* podría topar con gran oposición, porque los intereses de deuda ya no serían deducibles.

Así, en una consideración realista, sólo quedaría, de momento, la esperanza de que en futuras reformas en materia de política fiscal se tuvieran más en cuenta los conocimientos de la moderna ciencia financiera. Deberían tomarse por fin en consideración al menos ciertos elementos del *flat tax*: por una parte, tipos impositivos más bajos y menos numerosos y, por otra, la ampliación de la base imponible por disminución de las deducciones y excepciones. Sólo con estas orientaciones ya se ganaría mucho en los campos de las políticas económica y social.

Francia, al límite del crecimiento

(Edit. de Gerald Braunberger en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, del 23 de junio)

A Francia las cosas le van mejor de lo que le han

ido en estos últimos diez años. La economía crece a una tasa de aproximadamente un 3,5 por 100 anual, eliminada la influencia de los precios, quedando confirmada su fama de locomotora de la coyuntura de la zona del euro. Las encuestas efectuadas entre empresarios y consumidores prueban que para los próximos meses hay un firme optimismo. La tasa de paro ha caído, con el 9,8 por 100 en abril, por primera vez desde finales de 1991, por debajo del umbral mágico del diez por 100. En su último informe económico la OCDE pronostica para el año próximo un nuevo retroceso del coeficiente de desempleo hasta el 8,8 por 100.

El Gobierno Jospin atribuye natural y fundamentalmente a su política económica y financiera la expansión de la coyuntura que se viene registrando desde hace tres años. En vista del maratón electoral que se aproxima, y que tendrá lugar en los años 2001 y 2002, no hay duda de que en los inminentes meses subrayará todavía más los méritos de que se haya hecho acreedor en el campo de la política económica. Los políticos, y una parte de los medios de comunicación, propagan para Francia la visión de una "década americana" en la que una ininterrumpida expansión acabará con el paro y con las penurias de la política financiera.

Los sueños son a veces engañosos. Aun en el caso de que pudiera continuar la expansión económica, la economía francesa, a diferencia de lo que ocurre con la americana, no está a medio plazo en disposición de conseguir tasas de crecimiento de más del tres por ciento sin rozar sus propios límites. Por ello, también para el año próximo el pronóstico de la OCDE es de retroceso del crecimiento económico hasta un, en cualquier caso todavía considerable, 2,9 por 100.

Un motivo hay que buscarlo en la a largo plazo necesaria creación de nuevas capacidades en la industria. Las empresas francesas han invertido sobre todo en el extranjero durante el período difícil de principios y mediados de los años noventa.

Posteriormente, Francia ha perdido a manos de Italia incluso su *status* de segunda nación industrial en importancia de la Europa occidental. Aunque, desde hace dos años las empresas industriales francesas vuelven a invertir más en su propio país, en esto se trata de todas formas, de momento, de un intento de recuperar las omisiones del pasado. Probablemente todavía transcurrirán unos años hasta que la industria pueda poner a disposición capacidades que permitan tasas de crecimiento de holgadamente más del 3 por 100 al año.

El último informe económico de la OCDE confirma esta sospecha. Por primera vez desde hace diez años la economía francesa crece más de prisa de lo que en realidad le permiten sus capacidades. La consecuencia a medio plazo de un esfuerzo de la economía de esta naturaleza es normalmente un aumento de la tasa de inflación, porque las empresas ya no reaccionan ante la fuerte demanda de sus productos con un incremento de su producción, sino con elevaciones de precios. Por eso hace bien el Banco Central Europeo al enfrentarse a tiempo a estos riesgos de inflación con subidas de los tipos de interés.

En una consideración más detenida el mercado laboral supone un cuello de botella todavía más serio. Francia se encuentra en la paradójica situación de que hay casi 2,4 millones de personas registradas como paradas, mientras que muchas empresas buscan desesperadamente mano de obra adicional.

La patronal Medef estima que los puestos de trabajo vacantes ascienden a casi un millón. La imposibilidad de hacer coincidir oferta y demanda de trabajo lleva a la conclusión de que existen considerables defectos de funcionamiento en el mercado de trabajo francés. Esta conjetura también encuentra confirmación en los cálculos de la OCDE. La reducida eficacia del mercado laboral oculta riesgos adicionales de inflación, puesto que las empresas se ven obligadas a competir con generosas promesas salariales por la mano de obra urgentemente requerida. Únicamente la debilidad de los sindicatos franceses impide actualmente que todavía haya un incremento considerable de los costes laborales en la economía en su conjunto.

Mientras que el Gobierno se deja ensalzar por su política económica, bloquea todos los intentos de superar las debilidades estructurales del mercado de trabajo francés. La noción de "flexibilidad" puede decirse que está mal vista entre los socialistas. A esto hay que añadir que en Francia el debate sobre política económica de los últimos años ha discurrido en la dirección equivocada. Mientras que como Oskar Lafontaine en Alemania, se reflexionaba sobre lo inadecuado de la política encaminada a potenciar la demanda de la totalidad de la economía, se estigmatizaba como obceca-

dos neoliberales a los partidarios de las reformas estructurales.

Las reformas al servicio del mercado laboral deberían llevarse a cabo, en primer lugar, en el ámbito de la política de formación. Aunque los centros franceses de *elite* están preparados para formar ingenieros e investigadores altamente cualificados cuyas capacidades resisten cualquier comparación con las de los titulados de las universidades americanas, falta un sistema de perfeccionamiento y ampliación de conocimientos que permita a los menos capacitados acreditarse para una actividad profesional.

El programa para la colocación por tiempo limitado de 350.000 jóvenes en una administración pública de todas formas sobreempleada es por ello un intento de eludir los problemas básicos del sistema de formación. Los favorecidos por este programa han encontrado, es cierto, un empleo transitorio que, sin embargo, los aleja mucho de un futuro empleo en la economía privada.

En vista de la pasividad del Gobierno los patronos y los principales sindicatos se han esforzado en las pasadas semanas por encontrar nuevas iniciativas con las que ofrecer a los parados incentivos para perfeccionarse e intentar con más empeño hallar un puesto de trabajo. Por razones ideológicas el Gobierno casi habría saboteado un acuerdo de los interlocutores sociales. El Ejecutivo de Jospin espera, gracias a la situación económica, ganar las próximas elecciones. Le da igual lo que pueda venir después.